

Selección

TERROR

ADA CORETTI

LA MANSION DE LAS SERPIENTES

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS



SELECCION
TERROR

Ada Coretti

La Mansion de las Serpientes

Bolsilibros: Selección Terror - 426

Título original: *La Mansion de las Serpientes*
Ada Coretti, 1981

CAPITULO PRIMERO

La vía férrea pasaba a pocos metros de la arena de la playa. Desde allí podía oírse perfectamente el rumor de las olas.

Cerca estaba Mandristton, con sus pocos habitantes y su escasa importancia. Donde bastante a menudo surgía la niebla. Donde casi siempre había humedad.

No era un lugar agradable. Amanda hubiera deseado irse de allí. Pero, ¿adónde ir? Ese pensamiento le asustaba, le acobardaba, y le hacía quedarse quieta, como esperando algo, algo importante que en realidad no llegaba.

Amanda tenía los cabellos negros, muy negros, y los ojos verdes como esmeraldas. Su silueta era perfecta.

Pero Amanda se sentía desgraciada. Siempre se había sentido así. Desde aquel día, años atrás, en que su padre…

Su padre había dicho que se iba al pueblo vecino y que no regresaría hasta el día siguiente. Ella le creyó y su madre también. ¿Por qué no iban a creerle?

Pero su padre volvió. Sospechaba de su madre. Los celos le habían estado torturando durante aquellas últimas semanas.

La encontró en el pajar con otro hombre, desnuda entre sus brazos, jadeando de placer.

Su padre había dado al interruptor de la luz y ambos, al encenderse la bombilla que pendía del techo, al quedar al descubierto, gritaron del susto. Gritaron lo suficientemente alto para que Amanda, desde la casa, les oyera.

Por eso saltó de la cama y corrió hacia el pajar. ¿Qué podía suceder? ¿Por qué habría gritado su madre? No podía saberlo, ni tan siquiera imaginarlo. Hubiera sido imaginar demasiado para sus pocos años.

Ya en la puerta del pajar, Amanda se quedó inmóvil, peor que paralizada. Lo que sus ojos estaban viendo desbordaba su capacidad de espanto, de terror.

Su padre había cogido una hoz y había degollado, de un solo tajo, a aquel hombre que había allí. Un hombre joven, guapo, que cayó al suelo borboteando sangre.

Pero su padre hizo, a continuación, algo más. Algo horrible, estremecedor, monstruoso. Cogió un pozal y metió allí la cabeza de aquel hombre. Quien no pudo rebelarse porque en realidad estaba ya agonizando.

Amanda se fijó en su madre, cuyo cuerpo desnudo temblaba de pavor. Un pavor que le salía desquiciadamente por los ojos.

Del cuello de aquel hombre seguía fluyendo sangre, y más sangre, y su padre le miraba regocijado. Y sonreía. Sonreía de un modo siniestro.

Poco después, tras tres o cuatro estertores, aquel hombre dejó de existir. Pero no, al derrumbarse del todo no tumbó el pozal. Su padre se encargó de agarrarlo a tiempo. Por lo visto era importante que no vertiera el líquido.

A continuación miró la sangre, roja, caliente, casi palpitante. La miró como si su contemplación le embrujara. Luego se dirigió a su madre con la voz ronca, arañada:

—¡Bebe!

Fue una orden terminante.

—No, no… —ella tembló, y se tambaleó como si en lugar de estar embriagándose de amor y placer lo hubiera estado haciendo de whisky.

—¡Bebe! —le exigió de nuevo.

—No… No puedo… —jadeó ella.

—Estabas loca por él, ¿no? —La increpó furiosamente— Sin él no podías vivir… Pues anda, bebe lo que ahora queda de él… Hazlo, aún está caliente, pasará fácilmente por tu garganta.

—No, no… —y el espanto la agarrotaba de un modo despiadado.

—Si te niegas —le advirtió— te mataré. Si quieres conservar la vida, has de obedecer… Esta es tu penitencia… Bebe esta sangre, hasta la última gota…

—No, no… —gimió ella—. No puedo hacerlo…

Amanda agrandó los ojos, aterrorizada, despavorida, al ver que su padre cogía una horca. Al ver que la cogía con gesto furioso, iracundo. Hubiera querido gritar. No pudo.

—Bebe o te mato… —le oyó amenazar por última vez.

—¡No! ¡No! —gritó su madre.

Su padre no se lo hizo repetir. La había advertido ya. Agarró fuerte la horca por su mango de madera y tras coger impulso incrustó sus púas en el desnudo cuerpo de la mujer.

Ella había retrocedido unos pasos, apoyándose de espaldas a unos tablones amontonados allí. Las largas púas de la horca, pues, tras atravesarle salvajemente el cuerpo, se incrustaron en la madera. Y ella

quedó allí, sujeta, doblada en dos, mientras los tablones se agitaban.

Amanda la vio gemir y gemir, mientras un charco de sangre se iba agrandando en el suelo.

Pero Amanda no llegó hasta su madre. Su padre se lo impidió.

—Quieta —le dijo, sujetándola—. Se lo tiene merecido, así que no hay por qué compadecerla.

Amanda acabó desvaneciéndose.

Cuando recuperó el conocimiento, estaba con su tío Frank, un hombre siempre borracho. Ella no recordaba haberle visto nunca con la cabeza clara. Le- preguntó por su padre.

—Ha enfermado —le dijo.

—Quiero verle…

—Así que sea posible.

Le vio unos días después. Estaba en un hospital. Se hallaba en coma profundo. Oscuras ojeras rodeaban sus ojos hundidos, que ya no veían. Tenía la boca abierta. Le habían puesto una sonda por la nariz. También le habían puesto el gota a gota. Respiraba gracias a una traqueotomía. El electroencefalograma indicaba graves lesiones cerebrales.

Amanda comprendió que iba a morir.

Cuando llegó ese momento, su único consuelo fue oír decir a la enfermera:

—Quizá haya sido mejor así. Su mente estaba dañada. Para ser solo un demente…

Amanda se dijo que sí, que para eso era preferible acabar de una vez.

Ella no sabía entonces, no podía saberlo, claro, que cuando fuera mayor caería en las garras despiadadas de un violento e iracundo loco y que su vida se convertiría en un mundo de horror.

* * *

A partir de entonces, Amanda vivió con su tío, que no era otra cosa que un pobre borracho. Un borracho que no trabajaba, que no había trabajado nunca, se limitaba a mendigar. Vivió con él en su barraca. Esta, sucia y destartalada, tenía el único aliciente de estar situada junto a un pequeño y bonito arroyo.

Nadie quería la amistad de ellos. Todos le daban la espalda. Amanda lloraba mucho por las noches.

En una ocasión, Amanda se miró en el arroyo y se vio bonita, muy bonita. A partir de entonces, se consolaba arrodillándose allí, junto a la orilla, en un pequeño remanso, y mirando la imagen que le devolvía el agua.

Hasta que, ya mayor, no pudo menos de darse cuenta de que era la muchacha más guapa y atractiva del contorno.

—Pero mi padre mató a mi madre… Mi tío es un mendigo… Un mendigo borracho… No puedo esperar nada… —se decía.

Sin embargo, de un modo inconsciente, la verdad es que ponía su atención en los hombres ricos y solteros que ella conocía.

Lord Matten, de unos cuarenta y tantos años, elegante, refinado, dueño de la magnífica mansión que se encontraba a la entrada de Mandristton. Dueño asimismo de una incalculable fortuna. Solo vivía allí un par de meses al año, pero Amanda le había visto en varias ocasiones.

Raymond Harwes, un hombre joven, rubio, de buena talla, que recientemente había comprado allí cerca un precioso chalet.

Leonard Borre, éste era viudo, aunque para el caso como si siguiera soltero, que tenía una cadena de restaurantes en la ciudad y que allí, en las afueras de Mandristton, disponía de una casa de veraneo. A donde solía ir algunos fines de semana.

Y Gerald Panning, el aún joven propietario de una fábrica de conservas situada en la vecina localidad. Solía ir a Mandristton cada dos por tres. Su madre vivía allí.

Pero cuando Amanda pensaba en estos cuatro hombres, ella era la primera en estar convencida de que al así hacerlo perdía el tiempo. Del modo más deplorable y ridículo.

Bien mirado, aunque fuera guapa y atractiva, no era más que la sobrina de un mendigo borracho. Vestía poco menos que con harapos y ni siquiera sabía leer y escribir. Demasiado poco para aspirar a tanto.

Cada vez que llegaba a esta conclusión, Amanda acababa encogiéndose de hombros. Y acababa resignándose, le gustara o no, con su negra suerte.

Lo único que significó algo bueno para Amanda, fue el hecho de conocer a Ursula, la maestra de Mandristton. Una muchacha de unos veintitrés años, rubia, de ojos azules, espigada de silueta, desenvuelta de ademanes.

—Ven a mi escuela —le ofreció— y yo te enseñaré.

—No puedo pagarle nada —fue la sincera respuesta de Amanda.

—Ya lo sé —sonrió la maestra— y no me importa, te lo aseguro. ¿Vendrás?

—¡Oh, sí! —exclamó entusiasmada.

Consiguió aprender a leer y escribir más que correctamente y aprendió, asimismo, a comportarse con buenos modales.

—He hecho de ti toda una señorita —no había de tardar en decirle

la maestra.

—Es usted muy buena. Nunca agradeceré bastante para la paciencia que me ha demostrado.

—Agradécemelo considerándome tu amiga.

—Sí, sí… —y Amanda exclamó—: ¡Mi mejor amiga!

Cierto día, Amanda conoció a Bob Rogers. Este la miró con buenos ojos desde el primer instante. Era un hombre de unos treinta años, recio, fuerte, de angulosas facciones, con el cabello siempre despeinado cayéndole sobre los ojos.

Aunque Bob Rogers no era uno de aquellos cuatro hombres ricos con los que ella secretamente había soñado, tampoco era pobre. Vivía en una casa de propiedad cerca del bosque. Una casa no muy bonita, pero grande. Era, en resumidas cuentas, un buen partido para ella.

Amanda lo pensó así y preparó su mejor sonrisa para cuando volviera a verle.

Le vio pronto, y no cabe duda de que su sonrisa surtió el efecto deseado. Un mes después eran ya marido y mujer.

—¿Eres feliz, Amanda? —le preguntó él, cuando ya había concluido la ceremonia.

—Mucho —dijo ella, ilusionada.

Ardía en deseos de llegar a su nueva casa, tan distinta a la sucia y destartalada barraca en la que había vivido hasta entonces. Una casa, no obstante, que ella aún no conocía por dentro. Bob Rogers se había negado a llevarla allí mientras no fuera su esposa. Le había dicho que vivía solo y que eso no hubiera estado bien visto.

Sus razonamientos parecieron convincentes a Amanda, así que no opuso nada a sus objeciones. Pero, claro, su impaciencia había ido creciendo día a día. ¡Y ahora sentía un ansia tan grande de verlo todo!

—Pasa, querida… —Bob Rogers acababa de abrirle la puerta de la casa.

—¿No vas a cogerme en brazos? —le sonrió ella.

—Si lo deseas…

Y aún estaba en sus brazos, Bob Rogers acababa de cerrar la puerta con la pierna, cuando ella gritó.

En el mismo vestíbulo de la casa acababa de ver una serpiente. Tenía el cuerpo enroscado como si de un neumático se tratara, dejaba ver sobrecogedores y relucientes sus ojos, alzaba siniestramente la cabeza, hacía retemblar su lengua bífida y silbaba de un modo que, por descontado, cortaba la respiración. La cortaba de cuajo.

—¿Qué te pasa, querida?

—¡Mira! ¡Mira! —y el espanto le ahogaba la voz.

Esperaba que Bob Rogers compartiera su horror. Pero no fue así.

Tranquilamente se limitó a depositarla en el suelo, y luego dijo:

—No te asustes. Está amaestrada.

—¿Qué…? —y Amanda creyó que había oído mal.

—Todas están amaestradas —le hizo saber él a continuación.

—¿Todas…? —y empezó a comprender que aquel hombre, su marido, no estaba bien de la cabeza.

—Sí, todas. Tengo muchas, ¿sabes?

La cogió de la mano y la llevó hacia una de las estancias laterales. Resultó ser un salón. Un salón amplio, lleno de cómodos sillones.

¡Y encima de todos y cada uno de esos sillones había una serpiente! Unas grandes, otras medianas, el resto pequeñas. Todas ellas de piel viscosa, de aspecto repelente.

—Pero…, pero… —jadeó Amanda, sin fuerzas para más, sintiendo que las rodillas acusaban una peligrosa debilidad.

—Te enseñaré a quererlas —dijo Bob Rogers. Y añadió sonriente—: ¿Ves ésa…? —se la indicó—. Es una serpiente arbórea, mide más de dos metros. Muerde salvajemente, pero su veneno sólo es mortal para los pequeños animales. ¿Ves esa otra? —ésta era muchísimo más larga, de color gris verdoso, vientre amarillo y manchas negras, de cabeza cónica y aplastada—. Es una anaconda… Como término medio alcanzan unos ocho metros y se encuentran en los cursos de los ríos. Esta se llama «Zaque».

—Por favor, por favor… —gimió Amanda, creyendo que iba a desvanecerse.

Pero no, el pavor que sentía le daba fuerzas para permanecer en postura vertical. Aunque las rodillas se le doblaban cada vez más.

—Me ha costado mucho conseguirlas —dijo él—. Proceden de distintos países, ¿comprendes?. Esta… —y la aludida, aunque amenazadora, no atacaba, es una serpiente Wagler. Fíjate cómo tiene la cola prensil, lo que quiere decir que la puede enroscar en una rama mientras el resto del cuerpo alcanza la siguiente…

—Bob, ten piedad de mí… —murmuró Amanda, pero tan bajo que no se la oyó.

Mejor así. No era bueno, nada bueno, llevar la contraria a Bob Rogers. De eso había de enterarse desgraciadamente muy pronto.

—Esa, la que está sobre el diván, es una Pitón Tapiz, fácilmente reconocible por su dibujo dorsal… Un dibujo como de alfombra. No, no es venenosa, y los pájaros, ratones y murciélagos son sus presas favoritas.

—Por favor… —gimió, tan asustada, tan horrorizada, que no sabía si ya había muerto de miedo o si tenía que morirse todavía.

—La Pitón Real es el mayor ofidio del mundo, ¿lo sabías? Y ésta —

Bob Rogers hizo mención de una enorme serpiente que se hallaba sobre la roja alfombra— alcanza diez metros y debe pesar unos 140 kilos… Yo la llamo «Sammy»… ¡Eh, «Sammy»! ¡«Sammy»!, ven aquí!

Estaba amaestrada. Nadie hubiera podido dudarlo. Apenas oyó la voz de Bob Rogers se deslizó por la alfombra y llegó hasta sus pies, quedándose allí dócil y sumisamente.

Pero Amanda gritó histéricamente al sentirla tan cerca, tan monstruosamente cerca, y entonces «Sammy» levantó parte del cuerpo e irguió fa cabeza, ensanchándola amenazadoramente. Su actitud era de quien se dispone a atacar.

—Quieta «Sammy», quieta… —la tranquilizó Bob Rogers, acariciándola—. No es una enemiga, es Amanda, mi esposa. A partir de ahora has de quererla y obedecerla tanto como a mí.

—Salgamos de aquí, Bob… Se me nubla la vista, la cabeza me da vueltas… Tengo nauseas… —pero no tenía esperanzas de ser complacida.

Comprendía de sobra que Bob Rogers estaba loco, rematadamente loco.

—¡Quieta, «Sammy», quieta! —Siguió diciendo Bob Rogers— Quietas todas, todas… —amplió, porque las demás serpientes se habían excitado y se movían y se acercaban de un modo poco tranquilizador—. ¡Quietas todas! Pero tú, Amanda —ahora miró severamente a su esposa— no vuelvas a gritar… Las serpientes son mis amigas… Mis mejores amigas…

Amanda quiso huir de la casa. Quiso huir de su marido. Era para desquiciar una situación semejante. Ni la peor pesadilla podía parecerse a aquello. -

Bob Rogers no la dejó huir. Y no solo eso, colocó una serpiente en la puerta de salida para que ella no pudiera intentar nada. Ni entonces ni en días sucesivos.

—Vayamos a la cama —dijo Bob Rogers seguidamente—. Esta es nuestra noche de bodas.

Amanda llegó hasta el dormitorio conyugal arrastrando los pies, con la respiración entrecortada, jadeando. Llegó inundada de horror, de espanto.

Y quieras que no, hizo el amor, tuvo que hacer el amor mientras varias serpientes, algunas incluso encima de su propia cama, le miraban con ojos que a ella se le antojaban totalmente diabólicos.

CAPITULO II

Oscar Farrell era uno de los detectives más cotizados de la ciudad. Ganaba lo que quería.

Pero se había propuesto no aceptar más casos y tomarse unas vacaciones. De lo contrario nunca dispondría de unos días para pasarlo bien.

No es que normalmente lo pasara mal, nada de eso, era un hombre de un metro ochenta, atractivo, viril, y las mujeres apenas se le resistían. A menudo, pues, tenía un buen ejemplar en la cama, a su lado, pegándose a él, besuqueándole. Pero eso no es todo, puesto que a la larga todo cansa. Soñaba con unos días de auténtico reposo, lejos del mundanal ruido y de todos los ajetreos que eran gajes de su oficio. Y también soñaba, todo hay que decirlo, con conocer a una buena muchacha. Bien mirado tenía ya treinta y dos años y era edad de casarse y de formar un hogar.

—Una señorita desea verle, señor Farrell.

Acababa de sonar la voz por el intercomunicador. Arrugó el entrecejo. Estaba ya haciendo planes para sus días de asueto. Le dieron tentaciones de responder que no podía recibirla, que lo lamentaba.

—Dígale que pase —a pesar suyo había respondido así.

Cuando Ursula, la maestra de Mandristton, penetró en el despacho, el detective se levantó cortésmente de su sillón giratorio y se dijo, por cierto a la primera ojeada, que era encantadora. Pero, ¡ojo!, él sabía que las apariencias engañan en muchas ocasiones. Andaría con pies de plomo. Como siempre, claro.

—Siéntese, por favor.

—Gracias —y la muchacha esbozó una sonrisa.

—Bien, ¿en qué puedo servirla? —Y habiéndose sentado de nuevo le ofreció a la muchacha la cajetilla de tabaco—. ¿Fuma?

—Ante todo, dígame… —y Ursula carraspeó un poco—, ¿cobra usted muy caro? No, gracias, no fumo.

—No cobro barato. Esta es la verdad, no quiero engañarla.

—Bueno, espero que a la hora de señalarme sus honorarios tenga presente que no soy rica.

—¡Ah!, ¿no lo es? —se había extrañado—. Sinceramente, todas mis dientas lo son.

—Yo solo soy una simple maestra, ¿sabe?

—Bien, de acuerdo. Lo tendré presente.

—Agradecida. Pues verá… —pero no supo cómo empezar, así que se removió un poco en el asiento.

—La escucho.

Tras una pausa un poco larga, la muchacha empezó diciendo:

—Se trata de que quiero proteger a unos buenos amigos. Y he aprovechado que estoy de vacaciones, para llegarme hasta aquí.

—Me parece muy bien —y sacando un cigarrillo—. No le molesta que yo fume, ¿verdad?

—No faltaría más. Pues como le decía, vengo por esos amigos. Estoy convencida de que están en un grave peligro.

—¿Sí? —y despidió hacia el techo una bocanada de humo.

—Sí —rectificó ella—, porque ha de saber que Bob Rogers se ha escapado del manicomio.

—¿Quién es Bob Rogers?

—¡Oh, perdone! Usted como es lógico no lo sabe.

—Lo sabré en cuanto usted me lo diga.

A continuación, la bonita maestra de Mandristton puso al corriente al detective de todo lo que le había sucedido a Amanda., Primero de niña, cuándo su padre mató a su madre y al amante de su madre. Después, cuando la niña se vio obligada a vivir con su tío mendigo y borracho. Más tarde, cuando se casó con el loco de Bob Rogers.

Al llegar aquí se detuvo en su relato.

—Si no he entendido mal —dijo Oscar Farrell— cuando Amanda entró en la casa del hombre que era ya su marido, se encontró todo lleno de serpientes. Serpientes amaestradas…

—Sí, eso he dicho. Lo ha entendido perfectamente.

—Vaya, vaya… Prosiga, por favor.

—Amanda quiso huir de aquella casa —prosiguió Ursula—, pero Bob Rogers no le dejó hacerlo. Así que ella se vio obligada a vivir allí durante meses y meses, siempre en medio de aquellos repugnantes reptiles, siempre temiendo ser atacada en cualquier momento. Hasta que, unos ocho meses después, aprovechando un descuido, pudo saltar por una ventana y echar a correr.

—Me imagino que respiraría aliviada.

—Aliviada y feliz, sobre todo cuando al poco de huir por el bosque se encontró con Raymond Harwes. Es un hombre joven, rubio, que tiene un precioso chalet cerca de allí.

Se detuvo, sin que esta vez el detective intercalara palabra

ninguna. Estaba a la espera de que prosiguiera.

—Pues bien —continuó diciendo la maestra—, ese tal Raymond Harwes le confesó a Amanda, sin necesidad de más, que la amaba. La había amado desde el primer día que la conoció, y había sufrido intensamente al saber que se casaba con otro. Enterado de cómo le habían ido a ella las cosas, Raymond Harwes le propuso que se divorciara de su loco marido y que empezara una nueva vida a su lado.

—¿Le hizo caso? —preguntó ahora el detective.

—Sí —asintió—, con mayor motivo puesto que Raymond Harwes es un hombre rico. Era aquélla una inmejorable oportunidad para una muchacha como Amanda, muy guapa, muy atractiva, sí, esto no puede negárselo nadie, pero a fin de cuentas hija de un asesino y sobrina de un mendigo borracho. Se casaron en cuanto el divorcio les fue concedido. Concedido —aclaró—, por incomparecencia del marido ante los tribunales, amén, claro está, de otros cargos.

—¿Qué fue de Bob Rogers? —preguntó el detective.

—Apareció una noche, luego de haber- merodeado durante días y días alrededor del chalet. Llamó a la puerta, fingiéndose una visita cualquiera, y así que la sirvienta abrió se metió dentro empuñando una pistola. Encontró sola a Amanda, ya que su marido, Raymond Harwes, se hallaba fuera en aquel momento. Ya ante Amanda disparó… Varias veces, hasta vaciar por completo el cargador… Pero afortunadamente le falló la puntería, sólo la hirió…

—¿Cómo acabó la cosa? —quiso saber Oscar Farrell.

—Se lanzó sobre ella e hizo ademán de querer estrangularla. Pero no llegó a ponerle las manos en la garganta, de pronto se echó a reír, a reír… Y de esa risa no le sacó nadie, a no ser la camisa de fuerza.

—¿Quiere decirme con esto que un par de enfermeros, en una ambulancia, fueron a buscarle y a hacerse cargo de él?

—Sí —asintió la maestra—. Por lo demás, Bob Rogers acabó siendo recluido definitivamente en un centro psiquiátrico. Le encontraron gravemente dañadas sus facultades mentales.

—¿Cuánto tiempo hace de eso?

—¿Que fue recluido…?

—Sí. ¿Cuánto?

—Unos tres años.

—Y ahora —dijo Oscar Farrell—, se ha escapado del centro psiquiátrico, o manicomio, como prefiera decirse, ¿no es eso?

—Exactamente. Comprenda, pues —resumió Ursula—, que no me sienta tranquila.

—Lo comprendo perfectamente —Oscar Farrell aplastó el resto del

cigarrillo en el cenicero colocado sobre la mesa—, pero algo no termina de parecerme lógico. Permítame que se lo diga.

—¿Qué es ello?

—Lo lógico hubiera sido que, en lugar de visitarme usted, lo hiciera Amanda o el marido de ella, Raymond Harwes, ¿no le parece?

—Sí, sí, pero… —y vaciló.

—¿Pero qué?

—Raymond Harwes no quiere demostrar ante su esposa que tiene miedo. Está muy enamorado de ella y le parece más decorativo el papel de héroe.

—Sin duda lo es.

—En cuanto a Amanda, la verdad es que se siente tan asustada desde que oyó por la radio la noticia de que Bob Rogers se había escapado del manicomio, que no acierta a reaccionar. De ello que yo, que la conozco desde que la enseñé a leer y a escribir, haya pensado en tenderle una mano. La aprecio sinceramente, ¿sabe? Y como no sabía cómo ayudarla, he creído que lo mejor era dar con un buen detective.

—Muy bien pensado.

* * *

Ursula iba en su pequeño coche. Ya de acuerdo en todo con el detective cuyos servicios había contratado, regresaba a Mandristton.

Un par de horas después, según lo convenido, Oscar Farrell, aquel alto y atlético detective cuya sola presencia infundía ya confianza, se reuniría con ella. A partir de entonces se encargaría de Bob Rogers.

El coche de la maestra pasaba ya por la carretera cerca de la vía férrea, a pocos metros de la arena de la playa. Desde donde se oía perfectamente el rumor de las olas. Un rumor ahora monótono, apagado, que hacía pensar en algo triste.

Por lo demás, el día empezaba a declinar y el sol desaparecía en el horizonte en medio de nubes rojas, tan rojas que daban la sensación de algodón empapado en sangre.

Se perfilaba ya la mansión de lord Matten. Una vista hermosa para aquellos que hubieran doblado el recodo de la carretera y se sintieran animados a seguir adelante.

Aunque luego de así hacerlo, Mandristton tuviera forzosamente que decepcionarles. Nada había allí de importancia. En absoluto.

Ursula vio que alguien salía de la cuneta de la carretera y hacía señal de parada. Era un hombre. Con la distancia no pudo hacerse cargo de si le conocía o no.

Frenó. Si podía hacer un favor a alguien…

Apenas el coche hubo detenido, reconoció al hombre. De ello que sufriera un violento respingo. Pero se limitó a eso. Ni voz, de momento, le había quedado en la garganta.

Era Bob Rogers. Recio, fuerte, de angulosas facciones, con el cabello despeinado cayéndole sobre los ojos.

No había cambiado. Era el mismo de años atrás.

Aunque no, realmente no era el de siempre. Actualmente tenía los ojos inyectados en sangre y los mostraba tan desorbitados que parecía como si fueran auténticamente a saltársele de las órbitas.

Antes de que Ursula atinara a reaccionar, Bob Rogers se encargó de abrir la portezuela del coche y de sujetarla por la muñeca. De sujetarla tan fuerte, que ella sacó de su seca garganta un pequeño y ahogado grito.

—Estás muy guapa, Amanda.

—¿Eh…? —y comprendió, en medio de un sobrecogedor escalofrío, que Bob Rogers la estaba confundiendo con su ex esposa.

—Apéate del coche…

—Por favor, Bob —ella intentó esbozar una sonrisa— mírame bien… No soy Amanda, soy Ursula, la maestra…

—¡Apéate! —esta vez se lo exigió, siendo su modo de hacerlo violento e iracundo.

—No… No… —quiso rebelarse.

Inútilmente, pues Bob Rogers, que no había soltado su muñeca, la sacó de allí en un par de segundos. Le bastó estirar de ella.

Ursula no pudo oponer resistencia, pues a la brusquedad y a la fuerza de aquel hombre que los médicos habían catalogado de demente peligroso, se sumaba el hecho de que ella, aterrada, hubiera perdido sus fuerzas.

La arrastró hacia la playa. A trompicones.

—Déjame, Bob, te lo ruego… —y los tacones se le incrustaban en la arena, aquí y allá, dificultando su avance.

Al llegar junto a unas rocas, Bob Rogers le dio un empujón y la hizo caer.

Desde allí vio Ursula que lo peor de aquel hombre no eran sus ojos inyectados en sangre, ni lo desorbitados de los mismos, sino la mirada asesina, espeluznantemente asesina, que había en ellos.

Por eso insistió:

—Soy Ursula, la maestra… Por favor, no me confundas con Amanda… —pero le castañeteaban tanto los dientes, que no hubo forma de que sus palabras resultaran audibles.

Bob Rogers murmuró:

—Voy a acabar contigo, Amanda —y no había decrecido su tono

violento e iracundo—. Te colocaré en la vía del tren…

—¡No…! —gritó la maestra.

—¡Sí! —gritó a su vez Bob Rogers, y le puso las manos sobre los hombros, aprisionándolos con los garfios de sus dedos.

—¡Pero si no soy Amanda! —gimió, al borde mismo del paroxismo.

—¡Sí, eres ella, te reconozco perfectamente! — y empezó a zarandearla.

Lo hizo dándole con la cabeza contra una de las rocas que había allí cerca, por lo que la muchacha no tardó en sentirse aturdida. La verdad es que estaba perdiendo por segundos la noción de las cosas.

—No… No soy…

Se repetían los golpes en su cabeza. Golpes cada vez más frenéticos. El conocimiento se le iba, se le escapaba. Del mismo modo que empezaba a perder la visión al ir ésta nublándosele rápidamente.

Vio aún, no obstante, como Bob Rogers tenía la boca llena de saliva.

Saliva que se había convertido en espuma. En una espuma enrojecida, como si la sangre de sus ojos le hubiera descendido hasta la boca. Una espuma asquerosa que se le escapaba entre los labios y que en cualquier otra circunstancia le hubiera hecho arrojar la comida que aún pudiera haber en su estómago.

Pocos golpes más en la cabeza y se desvanecería del todo. Y entonces Bob Rogers la cogería y la llevaría a la vía férrea y la dejaría allí esperando que pasara el tren.

La desorbitaba dentro de sí misma el horror, el espanto. Era como si hubiera caído en un pozo sin fondo, negro como una noche eterna.

Pero cuando Ursula creía que todo iba ya a acabar de un momento a otro, surgió una luz de esperanza. Bob Rogers dejó de zarandearía, dejó de golpear su cabeza y murmuró:

—Tienes el cabello rubio… Es verdad, no eres Amanda…

En aquel preciso instante alzó la cabeza, viendo cómo se acercaba por la carretera una muchacha de la localidad. Una muchacha con el cabello largo y negro.

Súbitamente se puso en pie.

—¡Esa sí es Amanda! —exclamó.

Dejó a la medio desvanecida Ursula y corrió como un loco, y nunca mejor dicho, hacia la carretera.

Ya allí, se precipitó sobre la sorprendida y asustadísima muchacha, la sujetó mejor o peor, y la arrastró hacia la vía del tren.

—Eres tú, Amanda, te reconozco por el cabello negro.

—¡Déjeme…! —se puso a chillar ella—. ¿Qué pretende…? ¡Déjeme!

Sin fuerzas para ponerse en pie, Ursula pudo ver, no obstante, lo que sucedía.

Creyó que Bob Rogers dejaría a la muchacha sin conocimiento, dándole con la cabeza contra la vía del tren. Hecho lo cual, podría ya condenarla al final que minutos antes le había destinado a ella.

Pero Bob Rogers insertó un cambio en el plan trazado por lo que, así que consiguió llevar a la muchacha hacia la vía férrea, sacó una cuerda del bolsillo de su americana y empezó a maniatarla.

Ella se debatía, luchaba, chillaba desaforadamente.

Pero Bob Rogers sacaba fuerza exasperada, furiosa, incontrolada. No había nada que hacer.

En poco menos de un minuto la muchacha quedó atada. Por los brazos a una vía. Por los pies a la otra.

Y ya aparecía el tren, si bien todavía más allá del recodo de la carretera.

La muchacha acrecentó la intensidad de sus despavoridos chillidos. Por lo que éstos se convirtieron en algo tan hiriente, tan arañado, tan desgarrado, que llegó un momento en que se rompieron sus cuerdas vocales.

Se rompieron, haciéndola enmudecer de pronto.

Ya sin voz, la muchacha sólo pudo abrir los ojos desmesuradamente, y la boca, y hacer muecas grotescas mientras veía como el tren se acercaba.

Trac… Trac… trac…

Bob Rogers se reía. Se reía por lo bajo, pareciendo un diablo escapado de las llamas del infierno.

Trac… trac… trac…

Hasta el último patético y macabro instante, la muchacha estiró y encogió brazos y piernas, sacudiendo frenéticamente las cuerdas.

Después…

Los brazos fueron a parar por un lado. Las piernas por el otro. La cabeza separada del tronco, botó varias veces. El cuerpo quedó entre las dos vías, bastante más allá, materialmente destrozado. La sangre, de súbito, lo salpicó todo.

Bob Rogers seguía riéndose.

Luego, cuando todos los vagones hubieron pasado, dio media vuelta y echó a correr. Todo lo aprisa que pudo.

Poco después había desaparecido de la órbita visual de Ursula.

Esta se puso en pie, tambaleándose. Lo que acababa de ver le estaba en un principio reservado a ella. Se había escapado por milagro.

Pero se la había cargado aquella pobre e inocente muchacha del

cabello largo y negro.

CAPITULO III

Había llegado cerca de Mandristton, cuando Oscar Farrell vio detenidos cerca de la vía férrea dos coches de la policía y una ambulancia.

Detuvo su Ford de color beige claro y se apeó.

Iba a preguntar lo que había sucedido. Pero se le acercó un viejo mal vestido y sucio, cuyo andar era sumamente incierto, y se lo dijo:

—El loco ese, que se ha cobrado ya su primera víctima…

—¿Qué loco? —preguntó, asociando lo que acababa de oír con el relato que poco antes le había hecho la maestra.

—Bob Rogers —repuso el viejo, que al balbucear demostró que llevaba encima varias copas de más—. Es el ex marido de mi sobrina. Se ha escapado del manicomio…

—¡Ah!, es usted el tío de Amanda. ¿Y qué ha hecho ese loco? —miró hacia la vía férrea interrogativamente.

—Ha maniatado a una muchacha a la vía del tren. Ahora están recogiendo sus restos.

—Una mala papeleta para su sobrina, ¿verdad?. Mientras no vuelvan a encerrarle de nuevo… —y esperó a ver qué le decía el viejo.

—Debe tener encima un buen susto, y tanto que sí —asintió—. Pero se lo merece, porque no se porta bien conmigo.

-¿No?

—¡Qué va! Apenas me da dinero para un trago —y seguía balbuceando—. Y podría ser generosa, desde que se ha casado con Raymond Harwes y vive en ese precioso chalet, no le falta de nada. Pero hay tanta ingratitud en esta vida que nada debe sorprendernos. Yo le hice de padre cuando el suyo murió…

—Algo así he oído decir.

—Ya veo, está usted muy al corriente de todo —y tras mirarle de arriba abajo con sus ojos turbios—, Al principio me había imaginado que era usted forastero.

—Y lo soy.

Poco después, Oscar Farrell, reemprendía la marcha. Y ya no se detuvo hasta llegar a la dirección que le había facilitado Ursula, la maestra de Mandristton, su nueva cliente.

Dirección que resultó ser una casa sencilla, de planta baja y un piso, con un poco de jardín, situada en una calle donde había muchas de análogas características.

La puerta de la valla se hallaba abierta, así que penetró libremente por el sendero de gravilla hasta la principal. Hizo sonar el timbre.

No le abrió nadie y volvió a llamar, esta vez de forma más persistente.

Tampoco le respondió nadie y entonces puso el dedo en el timbre, no soltándolo en mucho rato.

El timbre sonaba. Lo oía perfectamente. Lo que empezó a hacerle suponer que no había nadie en la casa.

Pero sí, alguien había, estaban descubriendo la mirilla y ojeando a través. Al poco oyó cómo la cadena era sacada. Finalmente la puerta se entreabrió.

Vio a Ursula. ¡Pero qué pálida estaba! Tan intensamente pálida que bastaba verla para comprender que algo muy serio le había sucedido.

—Adelante… —le dijo ella con voz temblorosa—. Y perdone que le haya hecho esperar. Me estaba tomando un whisky para reponer fuerzas.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó él.

—Bob Rogers ha querido matarme… —sólo de pensar en ello se sintió sin respiración.

—¿A usted?

—Sí, me ha confundido con Amanda.

Seguidamente le explicó al detective cómo se habían desarrollado los hechos. Desde el principio hasta el final. Sin omitir nada.

—Por lo que me ha dicho —comentó Oscar Farrell cuando la muchacha hubo finalizado—, no sólo voy a tener que cuidarme de Amanda, sino también de usted.

—A esa misma conclusión he llegado yo. Más aún, creo que voy a requerir sus servicios casi en exclusiva. Sí, voy a hacerlo —se ratificó en su idea—, porque comprendo que voy a necesitarle.

—De acuerdo, cuidaré ante todo de la maestra de Mandristton. Una bonita muchacha a la que me gustaría tutear…

—Pues tutéeme —ella le sonrió, empezando a olvidarse de todo el espanto sufrido—. Por mí no hay inconveniente.

—Gracias —y seguidamente, sin al parecer venir a cuento—: ¿Podría enseñarme la casa?

—Sí, claro.

Como Ursula se mostraba un poco sorprendida, Oscar Farrell quiso aclararle y detallarle el caso. Era conveniente hacerlo.

—Deseo ver si vas a estar debidamente a salvo. Me refiero a las

noches, cuando yo no pueda permanecer a tu lado.

—Comprendo.

—Si es necesario no me moveré de los alrededores, no sería la primera vez que hiciera una cosa así, pero si las entradas y salidas ofrecen las garantías, en tal caso podré dormir tranquilamente en el hotel. Supongo que habrá alguno por aquí, ¿no?

—Sí, hay uno —dijo ella—. Está en la calle Principal, a la derecha. De todos modos —agregó—, si ve mal las cosas para mí, podría pasar las noches aquí, le arreglaría el sofá…

—Bueno.

Pero no se limitó a esta breve respuesta. La miró con atención, queriendo averiguar si tras aquella invitación se había escondido alguna velada insinuación.

La vio seria, formal. Lo que le congratuló, ya que no estaba buscando una aventura más. Todo lo contrario. De encontrarla, pues, el primer decepcionado hubiera sido él.

La vio bonita, muy bonita. Con los cabellos adorablemente rubios y los ojos deliciosamente azules. ¡Y qué espigada era su silueta y qué desenvueltos sus ademanes!

—La casa no es grande, como puedes ver… —por lo visto a ella no le costó devolverle el tuteo—. Pasa, mira… La puerta trasera es ésta…

Oscar Farrell se fijó bien en la puerta trasera, y en la delantera* y en las ventanas. No dejó de reparar en nada. Era de fundamental importancia hacerlo así. Lo sabía.

—Todo correcto —dijo poco después Oscar Farrell. Si bien añadió —: Siempre y cuando, claro, quede puntualizado que por las noches no vas a abrir a nadie, a nadie en absoluto. Sea quien sea el que llame. ¿De acuerdo?

—Sí.

—Aclarado ya este pormenor y antes de que vayamos al chalet, háblame del tío de Amanda, ¿quieres?

—¿Qué voy a decirte de él? —le extrañó la pregunta. E inquirió seguidamente—: ¿Acaso lo que ese pobre borracho haya hecho o haya dejado de hacer puede tener importancia…?

—Todo tiene su importancia —afirmó el detective.

—Pero aquí sólo se trata de evitar que Bob Rogers…

—Sé perfectamente de qué se trata —aseguró él—. Pero cuando una misión me es encomendada, me gusta conocerla a fondo, y en todos y en cada uno de sus personajes. Entonces resulta mucho más sencillo llegar a un desenlace feliz.

—¿Pero que puede tener que ver el tío de Amanda, ese pobre borracho, con el asunto que a nosotros nos preocupa?

—Posiblemente no hay la menor conexión entre una cosa y la otra, pero supongo que no está de más que admita la posibilidad de ello.

—En fin, ¿qué puedo contarte? —Se encogió de hombros—. Pues que desde que Amanda se casó de nuevo, su tío Frank ya no mendiga. Ella le da dinero cada dos por tres. Pero siempre con la condición de que deje de pedir, que no la avergüence. Pero a él le parece poco lo que recibe y a menudo se lamenta de su tacañería.

—¿Sigue viviendo en su barraca? —preguntó Oscar Farrell?

—Sí, no quiere salir de allí. Asegura que no podría dormir en otra parte. Pero no sé si es sincero al expresarse así, yo me inclino más por pensar que lo dice por puntillo. Sabe de sobra que el marido de Amanda nunca ha de permitirle vivir con ellos en el chalet.

—¿Se llevan mal?

—No demasiado bien. Raymond Harwes es sencillo, agradable, es una buena persona, pero, hazte cargo, tiene que ser difícil entenderse con un hombre que siempre está borracho.

—¿Y es así realmente Raymond Harwes? ¿Sencillo, agradable, una buena persona? —no podía pasar sin hacer hincapié en esta pregunta.

—Sí, es así. Siempre ha sido así. Yo le conozco desde hace tiempo, desde mucho antes de que él conociera a Amanda.

—Está muy enamorado de ella, ¿verdad? También en esto le interesaba hacer hincapié.

—Sí —asintió Ursula—, y todo le parece poco para tenerla contenta. Y como sabe que ella agradece la dulzura más que ninguna otra cosa, se afana por prodigársela.

-¿Y ella?

—Amanda es feliz. Bueno —se corrigió a sí misma—, lo era hasta que se enteró de que su ex marido se había escapado del manicomio.

—Bueno —dijo Oscar Farrell—, de momento ya sé suficiente.

CAPITULO IV

Penetraron en el chalet.

Oscar Farrell reparó en los muebles modernos, vistosos, y en las cortinas, cuadros y demás adornos, todos ellos llenos de encanto y colorido. Se dijo que aquello debía ser un auténtico paraíso para quien había vivido primero en una barraca y después «en la casa de las serpientes».

Encontraron a Amanda sentada en un sillón. Era la viva imagen de quien ha recibido un golpe de mazo y aún no se ha repuesto del trompazo.

Raymond Harwes se levantó para recibirles.

Tras los saludos y presentaciones, Ursula explicó que su acompañante era un detective y que ella le había contratado.

—No sólo para que me proteja a mí —dijo—, sino para que también os proteja a vosotros.

—¡Yo me basto para defender a Amanda! —exclamó Raymond Harwes, enrojeciendo—. No necesito intromisiones de nadie.

—¿Está usted seguro? —y Oscar Farrell pareció ponerlo en entredicho.

—Sí, estoy seguro —afirmó el marido de Amanda.

—De todos modos —intervino Ursula—, siempre es aconsejable que alguien hábil, competente y experimentado…

—Lo he dicho ya —Raymond Harwes quiso zanjar la cuestión— me basto para defender a Amanda. Si el caso lo exige, que no creo que llegue a ser necesario.

Pero Amanda no debía tenerlas todas consigo, de ello que saliendo de su mutismo, de su ensimismamiento, interviniera en la conversación.

—No nos vendría mal un poco de ayuda —miró a su marido—, aunque sólo fuera para averiguar si la muerte de la muchacha, en la vía del tren, ha sido motivada por un loco. Y para averiguar si ese loco ha sido Bob… Hasta ahora sólo sabemos lo que unos y otros comentan… Es todo aún tan reciente…

—Debes saber algo —repuso Ursula—. Yo presencié la horrible muerte de esa muchacha.

—¿Qué dices? —Amanda se atragantó.

—¿Qué dices? —Raymond Harwes se atragantó aún más.

—Sí, era Bob —aclaró Ursula—. Y tengo algo más que explicar… Lo que hizo con esa muchacha, antes quiso hacer lo conmigo…

—¿Contigo? —Amanda se había incorporado en el sillón, quedando absurdamente erguida.

—Sí —dijo Ursula—, porque me confundió contigo. ¡Como después confundió a la otra muchacha…! ¡Es a ti a quien quería matar!

No quiso ocultarle la verdad. Ni intentó suavizársela. Sabía sobradamente que hacerlo podía resultar contraproducente. Y tal vez de fatales consecuencias.

—Algo así me estaba temiendo —musitó Amanda, y deje de mostrarse erguida al ir doblándosele la espalda hasta casi quedar hecha un ovillo.

—Cariño… —Raymond Harwes se acercó a su esposa-, no debes preocuparte, le cogerán de un momento a otro.

—Me gustaría creerlo —dijo ella.

—Pero aunque así no sea —quiso demostrar una serenidad de la que evidentemente carecía—, no por eso has de estar tan afectada, tan impresionada. Yo no me separaré de ti, así que… —no terminó la frase.

—Compréndelo —Amanda intentó poner mejor cara-, saber lo de esa muchacha ha sido horrible… Estaba ya asustadísima, sin saber cómo reaccionar… Pero ahora es todo mucho peor…

—Sí, claro —repuso Raymond Harwes—. Pero no estás sola, estoy yo a tu lado. ¿No confías, acaso, en mi protección? —pero por su tono era él el primero en no confiar demasiado.

Sin dar opción a que Amanda respondiera, Oscar Farrell intervino.

—De todos modos, lo que les decía Ursula hace unos instantes, ahora me tienen a mí…

—Pero más que un detective —dijo Raymond Harwes—, lo que nosotros necesitaríamos sería un guardaespaldas.

—Les aseguro —repuso Oscar Farrell—, que en más de una ocasión ha sido ése mi cometido. Hay que adaptarse a las circunstancias, ¿comprenden?

—De acuerdo —Amanda acababa de decidir por sí misma—, contamos con usted, al menos con sus consejos. Díganos, ¿qué debemos hacer?

—De momento no salir del chalet, no dar opción a que su ex marido la localice —indicó Oscar Farrell.

—Sí, claro, eso lo primero —asintió Amanda.

—Y otro tanto le digo a usted —el detective se volvió hacia

Raymond Harwes—, Por si acaso.

—Sí, claro —respondió a su vez el aludido.

—En lo que se refiere a las noches, asegúrense de que queda cerrada la puerta de la casa. ¿Tienen cerrojo en el dormitorio?

—Cerradura —dijo Raymond Harwes—. El chalet está un poco apartado y creímos conveniente…

—Perfecto. Ciérrense con llave.

—Así lo haremos —aseguró Amanda.

—Y no se intranquilicen —añadió Oscar Farrell, esta vez dirigiéndose a los dos—. Mantengan la serenidad. Háganse cargo de que en ningún caso es bueno perder los nervios.

—De acuerdo —repuso Amanda, al parecer algo más calmada. Pero en seguida volvió a acusar un creciente nerviosismo, y fue entonces cuando dijo—: La semana pasada pensé en dar una fiesta y cursé las invitaciones. El día de la fiesta es hoy, esta tarde… Pero francamente, después de todo 1c sucedido mis nervios no están…

—Una fiesta la distraerá —repuso Oscar Farrell—. Claro que sí. ¿Por qué no?

—Sí, cariño —intentó animarla Raymond Harwes.

—Y mientras tanto, quién sabe, quizá encuentren a Bob j todo se arregle —observó Ursula que hacía rato no había hablado.

* * *

A la fiesta había acudido lo mejor de Mandristton. Lo que no es decir mucho, puesto que Io mejor era poco;

De todos modos, habiendo olvidado de quién era hija Amanda y de quién era sobrina, o por lo menos haciendo ver que lo habían olvidado, se hallaban allí algunas personas muy importantes.

Por lo visto, el aprecio y la amistad que todos sentían por Raymond Harwes, podía con esa barrera que a muchos pudiera habérseles antojado infranqueable.

En consecuencia, pues, tratando a Amanda con toda deferencia, como si siempre hubiera pertenecido a la sociedad de ellos, estaba allí Leonard Borre, ese viudo que tenía una cadena de restaurantes en la ciudad y que en las afueras de Mandristton disponía de una casa de verano.

Estaba también Gerald Panning, el aún joven y aún soltero propietario de una fábrica de conservas situada en la vecina localidad. En Mandristton vivía su madre y él iba por allí muy a menudo.

Y se hallaba allí, asimismo, y más no hubiera podido pedir la más exigente anfitriona, el propio lord Matten. Ese aristócrata de unos cuarenta y tantos años, reacio al matrimonio, elegante, refinado,

dueño de la magnífica mansión que se encontraba a la entrada de Mandristton. Dueño por otra parte de una incalculable fortuna.

A Amanda, indudablemente, le sobraban motivos para sentirse complacida.

Le hubieran sobrado, mejor dicho, a no ser por Bob Rogers. Un peligroso demente, que sin duda se había escapado del manicomio con la idea fija de matarla.

Ursula se dio cuenta de sus pensamientos. De los pensamientos de quien fue su alumna y ahora era su amiga. Una amiga que se había casado por segunda vez, esta vez con un hombre bueno, honrado, que la amaba intensamente.

Pero un hombre, reflexionó Ursula, al que le faltaba carácter, y que quizá por eso se sentía más asustado que nadie ante aquella situación. Aunque intentaba disimularlo.

Tal vez por eso, porque en ese sentido Raymond Harwes no le infundía confianza, fue por lo que Ursula, que era una invitada más, como asimismo Oscar Farrell, había de procurar que la fiesta no decayera. Se empeñó en que reinara la despreocupación y la alegría.

Pero no todos procedieron con el debido tacto.

Llegó un momento en que una señora gruesa comentó:

—Esa muerte en la vía del tren… Espantoso, espantoso…

—Más aún —añadió otra señora, ésta no tenía nada de gruesa, era seca como una caña—, si pensamos que algo parecido puede volver a suceder… Y sí, es posible que suceda…

—Sí, claro —asintió una tercera señora—. Si efectivamente ha sido Bob Rogers…

—Usted lo vio todo, ¿no es eso? —preguntó uno de los concurrentes, éste del sexo masculino, dirigiéndose a la maestra.

—Por favor —dijo Ursula—, estamos en la fiesta. Para hablar de cosas desagradables ya hay tiempo.

Hasta Amanda llegó parte de la conversación y se puso pálida, muy pálida.

Pero se le acercó uno de los invitados, un jovencito simpático, y empezó a contarle cosas graciosas y acabó haciéndola reír. Sin duda se había dado cuenta de lo que le pasaba y quiso poner de su parte para suavizar la tensión.

Lo cierto es que los hombres, jóvenes o mayores, se sentían bien predispuestos hacia Amanda. Y si no, bastaba ver cómo la miraban. Encontraban sencillamente adorable su larga cabellera negra realmente fascinante sus ojos verdes como una esmeralda. Y eso contaba, pesaba. Evidentemente era así.

Tanto mejor, opinó para sí Oscar Farrell mientras la miraba.

Amanda iba a necesitar de amistad, de comprensión de ayuda, y más quizá. A menos que Bob Rogers fuera encontrado pronto, una situación electrizante iba a sitiarla, a rodearla. Iba tal vez a ahogarla.

La fiesta acabó bien.

Mejor de lo que podía esperarse después de aquellos comentarios. Mejor de lo que la misma Amanda se imaginó al principio.

Unos tras otros, pues, los invitados se fueron marchando. Los últimos en hacerlo fueron Ursula y el detective.

—Mañana vendré a verles a primera hora —dijo éste, despidiéndose de Amanda y de su marido—. Buenas noches.

—Buenas noches —contestó Raymond Harwes—. Y gracias por todo.

* * *

Al salir del chalet, Gerald Panning, el aún joven y aún soltero propietario de una fábrica de conservas situada en la vecina localidad, fue a visitar a su madre. Ya que estaba cerca, le costaba poco darle esa alegría.

Fue a pie. Le gustaba andar para mantenerse en forma. De ello que hubiera ido a la fiesta olvidándose de que tenía coche.

Pero estuvo poco con su madre, era ya muy tarde y al día siguiente debía madrugar. Tenía por costumbre no desatender su negocio.

Cuando salió de allí sintió frío, o más bien humedad, y se levantó las solapas de la americana. Y aceleró el paso entre la niebla que una vez más rodeaba la localidad y sus alrededores.

No fue por la carretera. Acortó por el bosque, precisamente por donde se hallaba la casa de Bob Rogers.

Lo hizo sin pensar, pero al ver la casa y recordar que Bob Rogers se había escapado del manicomio, se estremeció.

La idea de un posible encuentro no resultaba agradable. Nada agradable.

De pronto, oyó un ruido indefinido…

Como de alguien que se arrastrara sigilosamente por el suelo.

Se volvió. Aquello no le había gustado.

Pero no vio nada.

Todo era absolutamente normal. Las ramas de los árboles eran mecidas sus hojas por una suave brisa, tan suave que sin duda por eso no se llevaba la niebla. Los matorrales aparecían brillantes de humedad. La maleza estaba asimismo mojada. Sí, todo era absolutamente normal.

Volvió a oír aquel ruido difícil de definir.

Comprendió que alguien se acercaba. Comprendió que alguien

estaba ya muy cerca de él. Pero, ¿quién podía ser si no había nadie?

De pronto vio de qué se trataba.

Y un grito ahogado le subió y le bajó por la garganta, quedándosele entre los dientes, pegado a la lengua, en medio de la boca que se le había llenado de miedo.

Muy cerca, terriblemente cerca se hallaba una enorme serpiente. Era una Pitón Real, aunque Gerald Panning no lo sabía, no entendía de ofidios.

Quiso retroceder y no pudo. Se quedó quieto, con los pies incrustados en el suelo, entre la maleza. El espanto le paralizaba. ¡Era un espanto tan angustioso, tan demencial, tan alucinante!

La Pitón Real mostraba el cuerpo envarado, erguido, alzando amenazadoramente la cabeza. Relucían pavorosamente sus pupilas. La lengua bífida entraba y salía inquietantemente de su boca.

Y de súbito la serpiente saltó, enroscándose a su cuello con una fuerza brutal.

Gerald Panning reaccionó. Por lo menos encontró ya fuerzas para moverse. Y sus manos se alzaron, cogiéndose crispada y desesperadamente al contacto frío y viscoso de la serpiente y queriendo apartarla de su cuello.

Pero el cerco no cedía, por el contrario se estrangulaba cada vez más. Por otra parte sintió como la serpiente rodeaba asimismo su cuerpo. Varias vueltas.

En aquel momento le pareció oír una voz que decía:

—¡Acaba con él, «Sammy»!

En medio de su indescriptible horror, no pudo identificar a quién pertenecía esa voz, aunque estaba seguro de haber oído antes.

La serpiente se enrollaba cada vez más y empezó a sentir asfixia…

Quiso gritar. Tal vez le oyera alguien y acudiera en su ayuda. Pero la presión de su cuello era ya demasiado intensa y el grito no resultó más que un gemido, un gorgoteo ronco que poco a poco se fue extinguiendo.

Le flaquearon las piernas y cayó de rodillas. El repugnante reptil seguía enroscándose cada vez más a su cuello. El sofoco, la asfixia, eran cada vez mayores.

Se dio cuenta de que un velo turbio cubría ya su visión de que una nube negra se metía en su mente. Detalles inequívocos de que empezaba a perder el sentido.

Poco después, fue desplomándose hasta quedar inerte en el suelo, ya total y completamente a merced de la serpiente

Esta siguió ensañándose con su víctima. Hasta que en sí, ya no hubo el menor resquicio de vida. Entonces se desprendió.

En aquel momento surgió alguien de entre los árboles y se acercó a Gerald Panning.

Se inclinó sobre él y le fue quitando la ropa. Primero un: pieza, luego la otra. Le dejó completamente desnudo.

—«Sammy» —dijo entonces—, aquí lo tienes.

Pero la serpiente no tenía hambre. Había matado por matar. O quizá simplemente porque se lo habían mandado.

De tener hambre, se hubiera engullido a su víctima. Como suelen hacer las de su especie, tanto si se trata de un antílope, de una ternera o de una persona. Empezando siempre por la cabeza y viéndose obligado, claro está, a ensanchar monstruosamente el cuerpo. Luego la digestión dura días, o semanas o quizá incluso meses.

De todos modos, Gerald Panning estaba muerto. Podía importarle ya muy poco lo que la serpiente hiciera con él.

CAPITULO V

Oscar Farrell había entrado en el pequeño hotel, donde aquel mismo día, horas antes, había cogido habitación

Pasó por recepción. En aquel momento el dueño no estaba tras el mostrador. Pero antes de llegar a la escalera que conducía al piso, se vio detenido por una voz femenina

—Felices mis ojos.

Se volvió. Y se vio gratamente sorprendido al encontrara ante Janet Woodmon.

Una espléndida mujer. No era ninguna chiquilla, tendría ya unos treinta y cinco años, pero todo en ella era de campeonato. De busto erguido y turgente, de esbelta cintura, d redondeadas caderas, de piernas largas y esbeltas, todo en su anatomía inducía a soltar un silbido. Contaba, además, con una mirada realmente incendiaria y con una cabellera negra tan negra como pueda serlo un mal augurio.

—¡Janet! —exclamó, yendo hacia ella con ambas manos extendidas.

Se habían conocido un año atrás, viviendo un fogoso romance. Lo habían pasado divinamente, ésta es la verdad. Pero ella tuvo que irse, asuntos de familia, papeleos desagradables que no pudo postergar. Desde entonces no habían vuelto a verse.

—Lo que menos podía esperarme, Oscar, encontrarte aquí.

—Otro tanto te digo, Janet.

—Pasaba de largo —dijo ella—, pero el coche se me ha estropeado. Hasta mañana no lo tendré arreglado.

—Comprendo.

—Imagínate la sorpresa que he tenido al firmar en recepción, al ver en el libro tu nombre… —y sonriendo seductoramente—: Te estaba esperando.

—Se agradece.

—Si los dos vamos a pasar la noche aquí… —y dejó la frase sin acabar, en un tono sumamente insinuante—. Pero antes invítame a una copa de champán, ¿quieres?

—Si tienen champán aquí… —e hizo alusión a lo modesto de aquel pequeño hotel, que en realidad casi no merecía el nombre de tal.

Se sentaron en una mesa apartada. Así, aunque entrase alguien, ellos podrían seguir tranquilamente con su íntima conversación.

Janet Woodmon sacó un cigarrillo.

A 0§car Farrell no le funcionó el encendedor y se lo encendió sacando una caja de cerillas que siempre llevaba para el caso de una emergencia. Mientras, le miró fascinado. A una mujer así no podía mirársele de otro modo.

Y siguió mirándola, sin cansarse. ¡Qué tentadora era! Pero claro, era una mujer con la que ligar. Otro plan no iba con ella.

Seguía mirándola.

Y habiéndose consumido la cerilla, la llama vaciló, pestañeó, como sorprendida de que no le apagaran, y después chamuscó los dedos del detective.

Cualquier otro hubiera soltado un taco. Oscar Farrell se limitó a sacudir la mano.

—No se puede estar distraído —bromeó Janet Woodmon.

Traían ya lo solicitado. Así que de momento no se dijeron nada más.

Luego sí.

Y fue Janet quien habló primero.

—Nunca en la cama lo he pasado tan bien como contigo. Eres un hombre estupendo. Y ahora que he vuelto a verte, sólo estoy pensando en repetir…

—Te mentiría, preciosa —contestó él—, si yo te dijera algo distinto. Fue la nuestra una borrachera demasiado embriagadora para que ahora no me venza de nuevo la tentación.

—De acuerdo. Ambos deseamos lo mismo. Pero antes dime, ¿qué haces aquí en Mandristton? Supongo que investigar algo.

—Sí, en efecto, estoy trabajando en un asunto —repuso él.

—Pero no tendrás que trabajar de noche, ¿eh? Recuerdo que en una ocasión me plantaste a medias, dejándome con las ganas…

—Esta noche espero sólo «trabajar» en lo que deseo.

Poco después estaban juntos en la cama. En la habitación de ella. Donde ella se había puesto una deliciosa bata, sutil y transparente, que por descontado apenas estuvo unos segundos, unos brevísimos segundos, sobre su fina piel y su bien formado cuerpo.

—Te prefiero desnuda —le había dicho él—. Así me recreo más en la perfección de tus líneas.

Ya en la cama, se abrasaron en el ansia, en el gozo, en el placer. Se enardecieron tanto, que el resto del mundo pareció no existir.

Pero una vez hicieron el amor nada quedó entre ellos, sólo la satisfacción sentida, ya pasada. Esta al menos fue la fría conclusión de

él.

No así, por lo visto, la de Janet Woodmon. Ella dijo:

—Me quedaré unos días aquí. Todos los que tú estés…

—No, Janet —contestó Oscar Farrell—. Es mejor que te vayas.

Ella hizo un gesto de desagrado, de contrariedad. Tal vez, incluso de disgusto.

—¿Me despachas? —quiso saber.

—No, mujer —intentó que se lo tomara bien, o al menos medianamente bien—. Pero hazte cargo, me debo a mi trabajo. No me pagan por fornicar.

—Pero las noches son tuyas…

—No necesariamente —advirtió—. Si las circunstancias lo exigen, debo no dormir y dedicarme de pleno…

—Te conozco, Oscar, así que no intentes engañarme —Janet se retiró un poco para poder mirarle mejor—. Cuando no quieres seguir conmigo, es por algo…

Oscar Farrell pensó que quizá fuera conveniente decirle la verdad. De lo contrario no le haría caso y seguiría pegándosele como una lapa.

—He pensado en casarme —le explicó— y creo haber dado ya con la muchacha, ¿comprendes?

—¿Cómo se llama la afortunada? —preguntó Janet Woodmon, reaccionando muy satisfactoriamente, mucho mejor de lo que él esperaba.

—Ursula.

—Bueno…, bueno… —se encogió de hombros.

Unos hombros deliciosamente desnudos. Como desnuda estaba toda ella. Desde la punta de sus hermosos cabellos a sus deliciosos piececitos.

—Me alegro de que te hagas cargo.

—Claro que sí. Pero… —y se pegó de nuevo a él—, pero me imagino que ella será una chica seria.

—Sí —contestó Oscar Farrell.

—De esas que no anticipan nada…

—Supongo.

—Entonces, ¿qué vas a hacer hasta la ansiedad y trepidante luna de miel? Ante la imposibilidad de llevarte la novia a la cama, tendrás que buscarte algún canal paralelo para solucionar tus urgencias.

—No anticipemos acontecimientos —se mostró evasivo.

—¿Buscarás en algún burdel después de ponerte cachondo con la novia? Pues si vas a hacer eso, más te vale contar conmigo…

—Por favor, Janet, no insistas —e inició un retroceso—.

Deseaba irse a su habitación. Ya habían hecho el amor y ya no

tenía por qué seguir allí. Ciertas mujeres sólo sirven para ciertos momentos.

—No te vayas —ella le echó los brazos al cuello—. Ya que va a ser esta nuestra despedida definitiva…

Se oyeron voces. Fuertes, estridentes, venían de la planta baja. Algo importante debía haber sucedido.

—Déjame que vaya a ver…

Ella no consiguió disuadirle y un minuto después, ya vestido, Oscar Farrell descendía la escalera.

—¿Qué pasa? —preguntó a los que vio reunidos.’

Estaban junto al mostrador de recepción, muy nerviosos, muy alterados. Elevaban cada vez más la voz.

—Han encontrado muerto al señor Panning… Gerald Panning… —le respondió el dueño del hotel—. Parece ser que ha muerto por asfixia, por estrangulamiento… Por una serpiente… Aseguran que las huellas que han sido encontradas en su cuerpo, pero principalmente en su cuello, son inconfundibles… ¡Oh, cuesta de creer!

* * *

Eran las tres de la madrugada y pensó que no eran horas de ir molestando a nadie. Menos si se trataba de interrogar y de ver qué sacaba en claro de todo aquello.

Pero no quería que a Ursula pudiera sucederle nada malo y decidió ir a verla. Las puertas y ventanas de su casa no inspiraban el menor cuidado siempre y cuando fuera un hombre, una persona, quien quisiera entrar. Pero, ¿y si era una serpiente la que pretendía hacerlo? Una serpiente puede sin duda ascender por una fachada.

Tenía que ir a prevenirla. No debía dejar entreabierta ninguna ventana.

Se dirigió rápidamente hacia allí.

La puerta de madera de la valla estaba cerrada, pero no se molestó en descorrer la aldabilla. La saltó.

Luego llamó a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó poco después la voz de la muchacha.

—Tu detective —contestó Oscar Farrell.

La puerta se abrió enseguida.

—Te dije que no abrieras a nadie, sea quien fuere… —la recriminó sonriente.

—Eso no cuenta contigo —le devolvió dulcemente la sonrisa—. Dime, ¿sucede algo malo?

Le explicó que Gerald Panning había muerto, y muerto, al parecer, por asfixia, por estrangulamiento.

—Pero, ¿quién ha podido…? —La muchacha no terminaba de entender aquello.

—Una serpiente.

—¿Qué?

—Una serpiente —repitió—. Por eso vengo a prevenirte. Hay que tomar precauciones. Todas las que sean necesarias.

Y le dijo que no tuviera abierta ninguna ventana. Podía ser fatal hacerlo.

—Me dejas temblando… —y Ursula ponía una expresión de puro susto.

—Si quieres —ofreció él—, no te dejo. Me quedo aquí el resto de la noche. Me das una manta y me acuesto en el sofá.

En esta ocasión, ella le miró queriendo adivinar si podía ciertamente tener confianza en él. No como detective, sino como hombre.

El examen debió resultar plenamente satisfactorio, pues le respondió:

—De acuerdo.

—Si te fías de mí… —dijo Oscar Farrell—. Bien mirado eres una muchacha encantadora y lo lógico sería que yo perdiera la cabeza…

—No, tú no vas a proponerme nada indebido —repuso ella— Estoy segura de ello. Lo leo en tus ojos.

—¿De veras? —Oscar Farrell no estaba tan seguro de sí mismo—. ¿Y si te propusiera que te acostaras conmigo…? —inquirió seguidamente—. ¿Qué me responderías?

—¿Hace falta que te lo diga?

—Me parece que no —contestó, suspirando resignada-mente.

—Pues te diría —Ursula no quiso desanimarle demasiado, ni tampoco quiso parecerle demasiado fría—, te diría… que yo soy una chica formal y que a mí sólo puede pedírseme un beso.

Al detective le faltó tiempo para decir.

—Pedido.

Y antes de que se Io concediera se lo estaba ya dando. Un beso que, entre tantos dados y recibidos, tuvo algo especial. Fue indudablemente mejor que ninguno.

Oscar Farrell reflexionó. Si no estaba enamorado como un tonto, le faltaba muy poco. Estaba claro.

CAPITULO VI

Empezó las indagaciones.

Pero las empezó con mal pie, pues se dirigió a donde no se hallaban en condiciones de responder a ninguna de sus preguntas.

Su primera visita fue a la madre de Gerald Panning. Una señora ya bastante mayor, que se esforzó por recibirle y atenderle, pero a quien el dolor de haber perdido a su ser más querido sólo la dejaba apta para llorar a lágrima viva.

—Volveré en otro momento, señora —le dijo . Oscar Farrell—. No se preocupe. Y discúlpeme.

Su segunda visita fue para el tío de Amanda, aquel viejo borracho que conoció el primer día de su llegada, cuando él se detuvo en la carretera al ver dos coches de la policía y una ambulancia cerca de la vía férrea.

Le interesaba hablar con ese hombre. Quizá fuera él quien más supiera del caso. Su barraca, situada junto al arroyo, no se hallaba lejos del lugar en que Gerald Panning había muerto.

Pero perdió el tiempo acudiendo a la sucia y destartalada barraca. Cuando llegó, el hombre estaba tan borracho y en consecuencia tan tambaleante y tan balbuceante, que no hubo forma de conseguir que dijera dos palabras seguidas.

—Es necesario que usted y yo hablemos de esa muerte —le hizo saber—. Volveré esta tarde, hasta entonces procure no beber más. Es importante, ¿se hace cargo? Se trata de esa muerte…

El hombre hizo un gesto afirmativo y aseguró finalmente, recobrando en cierto modo la locuacidad, si bien entre hipos y gestos torpes:

—No, no beberé más… Le esperaré… Claro que sí… He de decirle todo lo que sé…

Dicho esto, y tras empinar hasta la última gota de la botella ya vacía que sostenía en la mano, se desplomó materialmente sobre el jergón que je hacía de cama, y al poco roncaba. Indudablemente no había nada que hacer.

Así que Oscar Farrell salió de su barraca sin haberse enterado aún de nada.

Seguidamente se dirigió en busca de Raymond Harwes y de Amanda, a los que, sin duda, encontraría en el chalet.

En efecto, allí estaban ambos.

—Se ha enterado, ¿verdad? —Fueron las primeras palabras de Amanda—. Ha muerto Gerald Panning.

—Sí, me he enterado.

—Dicen que ha sido… —pero un escalofrío la obligó a detenerse.

—…una serpiente —concluyó Oscar Farrell.

—Sí, sí —fue el marido quien intervino asintiendo de un modo sumamente agitado.

—Bien, admitámoslo —dijo el detective—. Y partamos de esa hipótesis. A propósito, ¿oyeron ustedes algo? Quizá alguna voz, algún grito…

—Yo no oí nada —respondió Raymond Harwes—, y eso que permanecí atento, expectante, mientras el sueño no me venció. No las tenía todas conmigo, como es lógico, y…

—¿Y tardó en dormirse? —preguntó Oscar Farrell.

—No mucho —reconoció.

—¿Como cuánto? —deseó saber.

—Unos diez minutos, tal vez menos. Yo siempre me duermo muy pronto.

—¿Y usted? —preguntó dirigiéndose a Amanda.

—Yo me dormí en seguida —respondió ella—. Me tomé un somnífero. No, no oí nada —y sin esperar a más—: ¿Qué opina usted, señor Farrell? Díganoslo con toda sinceridad.

—Para aclarar mis ideas, desearía que usted me hablase antes de la casa de su ex marido. O mejor dicho, de los habitantes de la misma.

—Ursula debe haberle puesto ya al corriente, ¿no? Pero si le interesa que yo le amplíe pormenores, por mí no hay el menor inconveniente.

—Más que ampliarme pormenores, quisiera que me los corroborara.

—¿Acaso supone que Ursula ha podido falsearle los hechos? —se extrañó.

—No exactamente.

—¿Entonces…?

—Con franqueza, eso de una casa llena de serpientes amaestradas siempre me ha parecido una historia insólita, demasiado insólita para ser creída por las buenas.

—¿Insinúa que todo eso ha sido producto de mi imaginación? ¡Por favor, señor Farrell! —su protesta, sin embargo, careció de fuerza.

Quizá porque se estaba desmoronando por momentos al sentirse

cada vez más sola, más en poder de Bob Rogers. Si no podía contar mucho con su marido y tampoco, por lo visto, con el detective, ¿qué iba a ser de ella?

Pero Oscar Farrell salió en seguida en pos de su evidente desaliento y le dijo:

—No creía en esa historia. Pero eso era antes… Ahora sí creo, o al menos la admito como posible. Desde la muerte de Gerald Panning y sus características, mi enfoque del asunto es otro, tiene forzosamente que ser otro.

—Me alegra oírle —Amanda respiró más aliviada.

Raymond Harwes hizo otro tanto, aunque intentando disimularlo. El que se afanaba constantemente porque su guapa esposa no se diera cuenta de lo poco héroe que se sentía.

—Estábamos… —y Oscar Farrell no perdía el hilo—, en que iba a corroborarme lo dicho por Ursula. Ya la creo, pero…

—¡Oh, sí, puede creerme! Aquella casa estaba llena de serpientes. Al ir allí y encontrármelas, sentí el mayor terror de mi vida… Quise huir, pero Bob Rogers no me dejó… Y las serpientes, amaestradas, fueron sus aliadas para impedírmelo… ¡Le juro a usted, señor Farrell, que ésta es la pura verdad! —y Amanda se echó a llorar.

—Por favor, tranquilícese. Le aseguro que la creo —Oscar Farrell se esforzó por devolverle la confianza.

—Me hago cargo de que haya dudado —dijo ella seguidamente—. ¡Resulta algo tan anormal, tan increíble, tan inusitado! En realidad, yo creo que nadie llegó nunca a creerme del todo. Ni siquiera tú, querido —y se volvió hacia su marido.

—Sí, sí, cariño —aseguró él—. Yo siempre te he creído.

—Bueno, no perdamos el tiempo desviándonos, apartándonos del centro de la cuestión. Dígame, Amanda, ¿cómo está ahora la casa? ¿Permanece cerrada?

—Sí, cerrada —asintió.

—Pero usted, Amanda, habrá vuelto por allí, ¿no es eso? Una vez su marido en el manicomio…

—Sí, entonces denuncié el hecho —ratificó ella—. Antes no me había atrevido a hacerlo, lo confieso. Pero como le decía, no creo que nadie terminara de creerme. Menos aún cuando fueron a ver qué había de cierto en todo lo que yo había contado y se encontraron con la casa vacía.

—¿Quiere decir con esto que las serpientes ya no estaban?

—Habían desaparecido. Yo supongo que, ante la prolongada ausencia de su dueño y asimismo ante la ausencia de ese alimento que su dueño ya no les llevaba, saldrían de allí y se internarían en el

cercano bosque. Bueno, es sólo una suposición mía.

—Muy razonable por otra parte.

—Desde entonces no he vuelto por allí, ni ganas. Por Io demás —aclaró—, la propiedad no es mía. Pertenecerá a un hermano de mi ex marido, si éste muere. Algo así creo que me dijo el abogado. Como sea, a mí no me importa nada todo aquello. Yo sólo quiero olvidar esos espantosos, esos pavorosos días de mi vida. Pero, ¿cómo olvidarlos si ahora, libre Bob Rogers…? —y volvió a sollozar.

—No se apure. Estamos aquí para ayudarla.

—Confío en usted más que en nadie —había bajado la voz—. Se lo aseguro. Más que en nadie.

—Gracias.

* * *

—¿Otro whisky, Oscar?

—Bueno.

La muchacha se lo sirvió. Al entregárselo, el detective le retuvo la mano.

—¿Sabes una cosa…? —y la miró con tanto agrado que en realidad no iba a hacer falta que añadiera nada más. Pero lo añadió—: Eres una chica preciosa.

—¿De veras? —Y sonriendo—: Tú tampoco estás nada mal.

—Quisiera ser tu tipo.

—Por tipo no te quedas —e hizo alusión a su metro ochenta y tantos, que hacía que siempre que permanecía a su lado se sintiera pequeña.

Oscar Farrell dejó el vaso de whisky sobre una mesita y se acercó a la muchacha.

—Eres preciosa —dijo—, y además muy buena cocinera. Me has servido una comida exquisita.

—Me alegro que no te haya parecido un desastre.

—Pero aunque me lo hubiera parecido, tendría que habértelo perdonado. Con unos ojos tan bonitos, con unos Sabios tan adorables…

Ursula supo que iba a besarla de nuevo y se estremeció de emoción. Aquel hombre le gustaba muchísimo.

Pero tras el beso, compartido y apasionadísimo, consideró imprudente y peligrosísimo seguir allí en la casa. La cama estaba demasiado cerca. Así que dijo:

—Anda, vámonos. ¿No decías de ir a ver al tío de Amanda? Esta es la ocasión. Ninguna mejor.

—Sí, bien mirado, sí —contestó él, aunque se hubiera quedado allí

de mil amores.

Subieron al coche. Oscar Farrell lo tenía detenido frente a la misma puerta de la casa.

* * *

Janet Woodmon se había pasado el día esperando verle aparecer.

Pero Oscar Farrell no había vuelto por el hotel, ni siquiera a la hora de la comida. Tenía la sensación de que el encuentro de la noche antes había sido sólo una quimera.

Sin embargo había sido más que eso y para dejar constancia de ello habían hecho el amor. Algo que había significado muy poco para él, y prueba de esto el modo como le habló cuando todo hubo acabado. Pero a ella le atraía irresistiblemente ese hombre y deseaba un nuevo idilio, algo no tan efímero como las caricias de una noche.

—¿No ha vuelto aún el señor Farrell? —preguntó al dueño del hotel por enésima vez.

—No, señora —y recibió la misma respuesta, asimismo por enésima vez.

Janet Woodmon decidió ir a buscarle. A poco que se afanara daría con él. Seguro que sí. Mandristton no era tan grande como para no salirse con la suya.

Era apenas media tarde y el cielo se mostraba claro y el sol luminoso. Era un buen día. Resultaría agradable pasear.

En principio se encaminó hacia un bar situado no lejos de aquella calle, preguntando, así que llegó, por el señor Farrell.

No le supieron decir nada y siguió adelante.

Llegó hasta una gasolinera. Esta se hallaba en la misma carretera, ya un poco en las afueras de la localidad.

Preguntó por el señor Farrell y tampoco supieron informarle. No lo conocían.

—Debe ser forastero —le respondió el joven vestido con un mono azul oscuro.

—Sí, lo es —asintió Janet Woodmon—. A propósito, ¿conoce usted a una muchacha llamada Ursula?

Pensó que preguntando por ella le resultaría todo, sin duda, mucho más sencillo. ¡Cómo no se le había ocurrido antes!

—Bueno, supongo que se refiere a la maestra, ¿no? Pues sí, claro que la conozco.

—¿Podría decirme dónde vive?

—Sí, puedo decírselo, pero si la está usted buscando es inútil que vaya ahora a su casa. Hace poco que la he visto pasar en un coche.

—¿En un coche de color beige claro? —preguntó con interés, pues

recordaba perfectamente que ése era el color que tenía el coche de Oscar Farrell.

—En efecto.

—¿Y adonde debe haber ido? ¿Tiene usted una idea?

—No lo sé. Aunque quizá sí, al chalet de su amiga Amanda. Bueno, de la señora Harwes, viene a ser lo mismo.

—¿Dónde está ese chalet?

—Es ese que se ve desde aquí —se lo indicó extendiendo el brazo y poniendo recto el dedo índice.

—¿El que aparece tras unos árboles? —quiso asegurarse.

—Ese mismo.

—Gracias.

Decidió seguir andando, llegar hasta el chalet e informarse. Con una excusa mejor o peor podría salir del paso y ver de nuevo a Oscar Farrell, que era en conclusión lo que para ella contaba. A él no le asombraría demasiado su osadía. Ya la conocía.

No obstante, así que llegó hasta el chalet, se sintió un poco indecisa, un tanto vacilante. Si la tal Ursula interesaba de verdad a Oscar Farrell, a éste quizá le sentara mal, pero que muy mal, que ella se metiera donde nadie la llamaba.

Vaciló de nuevo, mientras reparaba en que algo más allá, donde empezaba a verse el bosque, surgía la silueta de una solitaria barraca.

Pensó que podía dar un paseo hasta ese lugar y preguntar a quien estuviera allí por Oscar Farrell. Quizá pudiera decírselo. En tal caso se ahorraría el llamar al chalet y quizá el hacer un feo. Del que luego, tal vez, tuviera que arrepentirse.

No se lo pensó más. Se fue hacia aquella barraca, que vista de lejos sugería algo poético, algo romántico.

No así vista de cerca. La pobre se caía de puro sucia y destartalada. Lo único agradable y poético que tenía era el arroyo que cruzaba casi a sus pies.

CAPITULO VII

Alguien había pasado a través de la entreabierta puerta de la barraca.

La puerta crujió un poco y el tío de Amanda volvió hacia allí sus ojos.

Estaba esperando a aquel joven, alto y atlético, que le había dicho que volvería porque tenía que hablarle de la muerte de Gerald Panning.

No había bebido nada desde entonces,, quería tener clara la cabeza y decirle a ese joven todo lo que sabía. Pero tenía que ser sincero consigo mismo, su abstinencia había sido, por otra parte, forzada. La verdad es que tenía todas las botellas vacías.

Pero no había bebido y al ver ante sus ojos lo que vio, tuvo que sacudir la cabeza una y otra vez, intentando desaturdirse. Por un momento creyó que, a pesar de todo, seguía tan borracho como unas horas antes.

Sin embargo, no se trataba del alcohol que pudiera haber ingerido o de la resaca que pudiera quedarle.

Aquello era una realidad. Espeluznante y horrenda realidad, que hizo que sus pelos se erizaran.

Ante él se hallaba una enorme serpiente, que rastreaba su cuerpo en un pavoroso zigzag, acercándose…

Era una serpiente larguísima, tendría un mínimo de nueve metros. Su diámetro resultaba aterrador. No pesaría menos de ciento cuarenta kilos.

El viejo no lo sabía, pero era una Pitón Real amaestrada. Respondía al nombre de «Sammy».

El viejo se puso a temblar y se quedó con los pies clavados en el suelo. Luego, sin poder contener la debilidad de sus piernas, cayó sobre el jergón.

Ya para entonces, la serpiente había llegado hasta allí. Y no, no se detuvo, siguió avanzando y subió al colchón de paja.

Ya junto al viejo, que sollozaba, la cabeza de la serpiente se alzó, quedando erguida y ensanchada a casi un metro de altura. Estaba dispuesta al ataque.

El viejo miraba espantado, aterrorizado, aquella lengua bífida que

entraba y salía, que no permanecía quieta un solo instante…

La serpiente, de pronto, se lanzó sobre él, enroscándose inapelablemente a su cuello.

No opuso resistencia. Desde el primer momento se dio por vencido. ¿Acaso podía hacer otra cosa que no fuera sucumbir?

Empezó a sentir que se asfixiaba y comprendió que aquella muerte iba a ser horrible. Aunque, quizá, más breve de lo que pudiera temerse. ¿Se estrechaba tan aprisa aquel diabólico cerco! Un cerco frío y viscoso…

—¡Acaba con él, «Sammy!

Oyó la voz. Como en un sueño demencial.

El cerco, implacable, siguió cerrándose…

Y cuando ya nada esperaba, pues se sentía ya medio muerto, oyó cómo la puerta de la barraca se abría del todo y cómo una voz de mujer preguntaba:

—¿Hay alguien?

Janet Woodmon, pues se trataba de ella, se quedó de una pieza cuando vio aquella espantosa escena. Se le desorbitaron los ojos hasta casi dar la sensación de que se desquiciaba.

Pero sólo se desquició del todo unos segundos después, cuando habiendo dado el primer paso en plan de huida, no pudo dar el segundo porque la serpiente se lanzó sobre su otra pierna atrapándosela.

Era una serpiente tan endemoniadamente larga que siguió enroscada al viejo.

Ella quiso apartar su pierna de aquel contacto terriblemente frío y viscoso, pero para entonces la serpiente se había enroscado ya a su talle e instantes después a su pecho.

Gritó…

—¡Acaba también con ella «Sammy»! —era la misma voz de antes.

Horrorizada, despavorida, Janet Woodmon gritó de nuevo.

El viejo, por su parte, acabó lanzando un leve gemido antes de morir. En realidad, cuando Janet Woodmon apareció, estaba dando ya los últimos estertores.

Muerto ya el viejo, la cola de la serpiente se desprendió. Ya toda ella, pues, pudo avanzar, pudo seguir al cuerpo, pudo dedicarse a que la nueva presa no se le escapara.

Janet Woodmon se debatió, luchó. Pera era inútil. Todo su cuerpo estaba cubierto de anillas. Desde los pies al cuello. Anillos que iban mermando su circunferencia y que le estaban cortando la respiración.

Gritó de nuevo…

* * *

Oscar Farrell había metido su coche por un camino sombreado, deteniéndolo allí. Hecho esto se volvió hacia su bonita y rubia acompañante.

—Dime —y miraba sus preciosos ojos azules—, ¿te gusta ser maestra?

—Sí —contestó ella, sencillamente—. Claro que sí.

—Pero debes soñar con algo más que en enseñar a los niños…

No esperó a que le respondiera y se inclinó hacia ella, besándola. La verdad es que se había detenido allí, en aquel lugar discreto, para eso. Sólo para eso.

—Siempre he soñado —respondió Ursula—, con encontrar un hombre que supiera besar como tú. Pero que supiera, además, ser sincero y leal conmigo.

—Como yo.

—Eso está por ver.

Volvió a besarla y ella no protestó. ¿Por qué iba a protestar si se sentía feliz?

Se sentían felices ambos, esto es lo cierto. Y se les pasó el tiempo sin darse cuenta. ¿Cuánto estuvieron allí? ¿Cinco minutos? ¿Diez? ¿Quizá veinte? Ni uno ni otro hubieran podido decirlo.

Solo supieron que oyeron aquel grito…

—¡Si es Janet! —exclamó él.

—¿Quién…? —preguntó la muchacha.

—¿De dónde ha podido llegarnos su grito? —inquirió Oscar Farrell —. De la barraca esa, seguro… ¡Vayamos!

El coche arrancó en un santiamén. Y brevísimos instantes después se detenían ante la barraca.

Oscar Farrell se apeó al instante. Y al instante, o poco menos, penetraba en aquella sucia y destartalada vivienda.

Allí se encontró con Janet Woodmon y con la serpiente que rodeaba su cuerpo una y otra vez y otra y otra. Como si se tratara de una docena de mortales abrazos. Se encontró asimismo con el cadáver del viejo borracho.

Ursula también había penetrado allí. Se llevó las manos a la boca, ahogando un grito.

Después, y mientras Oscar Farrell dirigía su diestra hacia el sobaco en busca de la automática, Ursula dio unos pasos de retroceso, más bien tambaleantes, y tropezó con la puerta cerrándola de un modo torpe y absurdo. Pero de un modo que a ella se le antojó, única y exclusivamente, opresivo y angustioso. Así, con la puerta cerrada, parecían más a merced del terrible reptil.

Por entre aquella docena de abrazos con que rodeaba

siniestramente a su nueva víctima, ésta dejaba ver unos ojos desbordantes de pánico, de pavor. Estaba dando por seguro que la muerte ya no la soltaría a tiempo. Cuando lo hiciera sería ya tarde. Sin duda lo era ya.

Sí, era ya tarde para ella. Oscar Farrell lo comprendió por el gesto de su cuerpo. La presión de aquellas diabólicas anillas debía haberle roto un mínimo de cuatro o cinco costillas, y quizá, posiblemente, le había aplastado los pulmones y le había hecho papilla el hígado.

La serpiente se soltó de la mujer que entre sus siniestras revueltas era ya un cuerpo roto y desarticulado y se lanzó sobre Ursula. Era la que estaba más cerca.

Y como sea que Oscar Farrell, para protegerla, se antepuso a ella, la Pitón Real cercó el cuerpo de ambos.

Lo hizo de una forma tan inopinada y vertiginosa, que ni el uno ni el otro pudieron hacer nada para evitarlo.

Y aquel abrazo les unió, apretó sus cuerpos uno' contra otro, como antes en el coche les uniera el abrazo amoroso. ¡Pero' aquél era todo dulzura y amor, y éste todo terror y muerte!

Antes de que transcurrieran cinco segundos, la serpiente, sin el menor esfuerzo, les había rodeado varias veces. ¡Era tan siniestramente larga!

¡Y qué endemoniada fuerza tenía! Apretaba, agarrotaba de una forma inexorable.

Ursula se había puesto a gritar histéricamente.

Por el contrario, Oscar Farrell no perdió la serenidad. Perderla hubiera sido resignarse de antemano a que finalizaran sus vidas.

Ursula seguía gritando…

La mano de Oscar Farrell llegó hasta su automática. Aunque con esfuerzos, porque los cercos de la serpiente dificultaban cualquier movimiento. Pero sí, había conseguido, sacar el arma de su funda y…

La cabeza de la monstruosa serpiente estaba cerca de su rostro, con su inquietante lengua bífida casi rozándole.

Sacó la pistola y apuntó a la cabeza del ofidio. Y disparó cuatro veces seguidas, consecutivas, y la cabeza saltó por los aires hecha añicos.

Instantes después se aflojaba su cuerpo, desenroscándose lentamente sus anillas. Finalmente quedó inmóvil en el suelo.

Ursula había dejado de gritar y se apoyaba en Oscar Farrell, necesitando apoyo.

—¿Estás bien? —preguntó él.

—Sí, sí —respondió ella, sin aliento.

—¿Te tienes sola?

—Sí, sí —y se esforzó por hacerlo así.

Oscar Farrell se dirigió hacia Janet Woodmon que yacía desplomada. Se agachó y la volvió hacia él con cuidado.

Un gemido dolorosísimo surgió de aquella garganta. Después entreabrió los ojos.

—Estaba amaestrada… —susurró Janet Woodmon—. He oído la voz… La ha mandado que…, que me matase.

—¿Has oído una voz? ¿De quién? —inquirió él.

—De… de… —empezó a decir.

Pero la muerte inmovilizó sus palabras. Le quedaron detenidas, y ya para siempre, antes de salirle de los labios.

—Janet… Janet… —murmuró Oscar Farrell.

Ella siguió con la misma mirada opaca, ya sin vida. Con un espeluznante rictus de boca. Con una expresión hermética y rígida en el rostro.

—¿Ha muerto? —se angustió Ursula.

—Sí —asintió él.

Pero acababa de levantar la cabeza y de agudizar el oído. Había percibido un leve sonido, un tenue ruido. Quedó expectante, tenso.

—¿Qué pasa? —preguntó la muchacha.

Por toda respuesta se enderezó lentamente y se acercó a la puerta de la barraca. Ya allí, la abrió de pronto. Quería sorprender a quien sea que pudiera estar tras ella.

Se encontró con Raymond Harwes. Quien se sobresaltó sobremanera ante su súbita presencia.

Esto en un principio. Luego se mostró desconcertado.

—¿Usted, señor Farrell? ¿Qué hace aquí…?

—¡Qué casualidad! ¡Esto mismo iba a preguntarle yo a usted.

—Pues yo… yo… —tartamudeó— vengo a hablar con tío Frank.

—Llega un poco tarde.

—¿Ha salido? —preguntó.

—Ha muerto que, desgraciadamente no es lo mismo.

—¿Ha muerto? ¿Ha dicho que ha muerto…? —se estremeció visiblemente.

—Una serpiente ha acabado con él y también con una joven y bella mujer llamada Janet Woodmon… También ese monstruoso reptil, ha pretendido acabar con Ursula y conmigo, pero en su última intentona le han salido mal las cosas… Ahora está muerto, con la cabeza destrozada por cuatro disparos.

—Horrible… Horrible… —comentó Raymond Harwes, tras entrar en la barrea y contemplar de cerca aquel escalofriante panorama.

—La serpiente estaba amaestrada… —informó Oscar Farrell—.

Obedecía órdenes. Y bien que las ha obedecido hasta topar conmigo…

—Lo que significa que Bob Rogers ha vuelto a las andadas —la voz de Raymond Harwes se debilitó hasta casi al estrangulamiento—. Pero, ¿por qué habrá querido acabar con la vida de un pobre viejo como tío Frank…? No termino de entenderlo. Pero, claro, ese hombre está loco… Rematadamente loco… Y de un loco no. puede extrañar nada.

—Estoy de acuerdo con usted —dijo el detective, quien en aquel momento se dio cuenta de que la barraca tenía una diminuta puerta trasera. •

«Por aquí ha podido entrar alguien… Ha podido hacerlo fácilmente…», reflexionó.

—Dígame —se había vuelto hacia Raymond Harwes—, ¿para qué quería usted hablar con…? —e indicó al viejo borracho.

—Tenía el presentimiento —dijo el marido de Amanda—, de que tío Frank sabía más de lo que aparentaba.

—¿Respecto a qué? —quiso saber Oscar Farrell.

—A Bob Rogers. Por eso me he decidido a venir. Pero no, no comprendo por qué ha tenido que morir…

—Porque Bob Rogers está loco… Rematadamente loco… Usted mismo acaba de decirlo.

—Sí, lo he dicho. No obstante, quizá se trate de algo más.

—¿Como por ejemplo? —preguntó.

—No lo sé. Pero algo me dice que…

—¿Qué? —volvió a inquirir.

-No Io sé —repitió—. Es todo tan confuso, tan desconcertante.

—¿Cómo está su esposa? —se interesó seguidamente Oscar Farrell.

—Más tranquila desde que usted está aquí. ¿Sabe…? —Agachó la cabeza—. En mí no tiene excesiva confianza. No, no se lo reprocho, nunca he sido un hombre de carácter, ante cualquier circunstancia comprometida en seguida me acobardo. Aunque en este caso concreto, se lo aseguro a usted, por defenderla a ella me atrevería a lo que fuera.

—Le creo. A propósito, ¿la ha dejado sola…?

—¿A Amanda?

—A ella me refiero.

—Sí —contestó.

—Pues regrese inmediatamente a su lado y no se separe de ella. He matado a una serpiente… Pero en la casa propiedad de Bob Rogers había muchas, ¿no? El peligro, pues, no se ha extinguido. Además un loco, por sí solo, siempre es asimismo un peligro latente,

—De acuerdo, señor Farrell.

—Yo por mi parte voy a ver de entrar en esa casa.

—¿Cómo…? —se asustó Raymond Harwes—. ¿Va a atreverse…? ¡Oh, yo de usted no lo haría! Cabe muy bien que Bob Rogers se haya escondido allí, ¿no ha pensado en esa posibilidad?

—Es en lo primero que he pensado. Así que ya es hora de que vaya a echar una ojeada por allí.

—Debería ofrecerme a acompañarle, ¿verdad, señor Farrell? Pero es que me falta valor…

—No se preocupe. Iré solo.

—Puedo acompañarte yo —intervino Ursula, ya bastante repuesta del mal rato pasado. Y tragando saliva—: Peor de lo que ha sucedido aquí no será…

—No hace falta que nadie me acompañe. Iré con cuidado y no me pasará nada.

—Deseo sinceramente que así sea… —apuntó Raymond Harwes.

CAPITULO VIII

La casa no tenía nada de desagradable. Pero sus puertas y ventanas herméticamente cerradas le conferían un aspecto un poco inquietante. Aunque quizá se tratara simplemente de saber, o no saber, quién había sido su propietario y «quiénes» sus inquilinos.

Oscar Farrell dio un par de vueltas a la casa, queriendo hallar un lugar por donde colarse.

No lo encontró y finalmente optó por meter una ganzúa en la frágil cerradura de la puerta.

Hubiera preferido utilizar otro sistema, entrar por un lugar más discreto, más sigiloso. Si allí dentro estaba Bob Rogers…

Pero pisó el vestíbulo, se quedó un momento a la expectativa y no oyó ni vio a nadie.

Ayudado por una linterna siguió adelante, aunque con pasos lentos, silenciosos, por si acaso. Nada. Allí no había nadie.

Entró en una de las estancias laterales. Un salón amplio, lleno de cómodos sillones, donde todo estaba cubierto de polvo. Tampoco allí había nadie.

Visitó el resto de la casa. Los dormitorios del piso. Las restantes habitaciones. Todo lo que había por ver. No, evidentemente allí no había nadie. Sólo había polvo. Una capa que no perdonaba resquicio ninguno.

Poco después, Oscar Farrell salía de allí. Se había convencido de que en aquella casa no se escondía nadie.

De haberlo hecho, las huellas de las pisadas hubieran quedado marcadas en el suelo. Resultaba de tan clara y contundente lógica, que evidentemente aquello no tenía vuelta de hoja.

Había acabado con aquella sospecha mucho antes de lo que esperaba, así que, tras consultar su reloj de pulsera y ver que aún era pronto, decidió ir a visitar a la señora Panning.

Hubiera sido preferible, sin duda, no molestar de nuevo a la buena mujer. Por lo menos no hacerlo en dos o tres días. La pérdida de su hijo estaba todavía demasiado reciente.

Pero los acontecimientos se estaban precipitando y las muertes dejaban su secuela irreversible, y había que proceder con rapidez, con

cuanta presteza fuera posible. Lo contrario podía significar para alguien, para quien fuera, lo peor…

Así que Oscar Farrell no se lo pensó más. Fue a visitar a la madre de Gerald Panning. Le pediría disculpas y la rogaría que comprendiera el por qué se tomaba la libertad de incomodarla de nuevo.

Pero así que llegó a la casa de la señora Panning, ella misma, enlutada de pies a cabeza, le salió al encuentro asegurándole que estaba deseando volver a verle.

No se mostraba sonriente, pero resultaba indudable que su presencia le había complacido en gran manera. Debía haber estado esperándole con suma impaciencia.

—Pase usted, señor Farrell. En esta salita estaremos bien… —y ya en el interior de la misma, añadió—: Deseo hablar confidencialmente con usted.

—De su hijo, supongo… —aventuró Oscar Farrell.

—Sí, sí —mostraba los ojos enrojecidos, sin duda por lo mucho que había llorado, pero era una mujer que acertaba ya a contener sus emociones—. De mi hijo Gerald.

—Dígame, señora.

—Antes tome asiento, por favor.

—Gracias.

—¿Quiere tomar algo?

—No se moleste, señora.

—Pues verá… —empezó a decir, y a su vez tomó asiento—, quiero que sepa que mi hijo, últimamente, había cambiado mucho.

—¿Sí?

—Normalmente vivía en la vecina localidad, en un apartamento que alquiló para hacer más libres y despreocupados sus devaneos. La verdad es que a mi hijo le gustaban mucho las mujeres, yo diría que demasiado… Pero para pasar el rato, para divertirse, nunca para nada serio, ¿comprende?

—Sí, señora.

—Eso de casarse no iba con él.

—Comprendo.

—Pero últimamente, como le decía, había cambiado mucho… —pero se detuvo.

—¿De veras?

—Sí —afirmó.

—¿En qué se basa para asegurarlo?

—Hace varios meses que vivía solo —la voz de la enlutada mujer pareció perder consistencia—. Me refiero a que no iban mujeres por allí… Enterada de ello, confieso que le interpelé al respecto. Le

pregunté si estaba enfermo, si le pasaba algo…

—¿Y qué respondió?

—Que no me preocupara, que estaba perfectamente de salud. Pero que sí le pasaba algo…

—¿Le dijo de qué se trataba?

La señora Panning asintió.

Oscar Farrell quedó a la espera de que siguiera hablando.

—Me confesó que estaba ciego de pasión… Tanto, y hasta tal extremo, que por lograr a la mujer que deseaba se sentía capaz de cualquier disparate. Reconozco, señor Farrell —añadió la señora Panning—, que me inquieté… Se había expresado con tanta vehemencia…

—¿Quién era ella? —preguntó Oscar Farrell.

—Se negó a darme su nombre. Sólo me dijo que las demás mujeres ya no existían para él y que de ella dependía su mayor felicidad o su desventura.

—¿Algo más?

—Sí, me dijo algo más la última vez que le vi, la noche en que la serpiente le mató. Venía del chalet de los Harwes.

—¿Qué le dijo?

—Que de él no se burlaba nadie, ni siquiera ella… Y que se lo iba a demostrar, cualquiera que fuera el precio que luego tuviera que pagar…

—¿Eso es todo?

—Sí.

—¿Y no sospecha usted, señora Panning, a qué mujer podía estar refiriéndose su hijo?

—En absoluto.

—Pero usted, quizá, le vio en alguna ocasión en compañía de alguien… Tal vez este pormenor, en mi conocimiento, serviría para que yo…

—Pues no sé qué decirle… Bueno, ahora caigo… Sí, sí, ahora recuerdo que le vi en varias ocasiones con Ursula, la maestra. Tal vez fuera ella…

—¿Usted cree? —preguntó Oscar Farrell sin gustarle tal posibilidad.

—Es una muchacha preciosa, podría muy bien ser ella.

—Es posible —admitió.

—Bueno, señor Farrell, se trate de ella o de cualquier otra, yo lo que le agradecería es que intentara averiguar si tiene algo que ver la muerte de mi hijo con todo eso que le he contado. Parece absurdo relacionar una cosa con la otra, ya lo sé. Pero no puedo por menos de

pensar…

—Dé por hecho que intentaré complacerla, señora Panning.

—Le quedo reconocidísima.

—Yo a usted por la información que me ha facilitado.

—Que quizá no le sirva de nada.

—Que tal vez —observó Oscar Farrell—, me servirá de mucho.

* * *

Fue en su busca. Directamente.

La encontró en su casa, arreglándolo y limpiándolo todo un poco.

—La semana próxima empiezan de nuevo las clases —le informó ella-. Por esto me encuentras así, ¡aunque buena gana tengo yo de nada, imagínate!

—Lo imagino —dijo Oscar Farrell. Y añadió—: Lamento haber venido a molestarte.

—¡Si no me molestas! —Aseguró con énfasis la muchacha—. Todo lo contrario. Si me he metido en estas limpiezas ha sido más que nada para sacarme los nervios de encima. Cada vez que pienso en la serpiente…

—Ha sido escalofriante, sobre todo para ti, claro, que no estás acostumbrada a vértelas en situaciones comprometidas. Por cierto, vengo de hablar con la señora Panning… —no esperó a más para decírselo.

—¿Esto te ha aclarado algo?

—Sí. Pero tú puedes ayudarme… Después de lo que esa señora me ha dicho…

—¿Pues qué te ha dicho?

—En la vida de Gerald Panning había una mujer…

—Siempre ha habido una u otra —intercaló Ursula—. A Gerald Panning le tiraban mucho las faldas.

—Últimamente —detalló Oscar Farrell—, había una en especial. Por quien él, según sus propias palabras, se sentía ciego de pasión. Pero murió sin pronunciar ante su madre el nombre de ella. Pero su madre —agregó—, supone que eras tú…

—¿Yo? —Se sorprendió Ursula—. ¡Oh, no!

—Su madre me ha dicho que te vio en varías ocasiones en su compañía.

—Sí, esto es cierto —reconoció la muchacha—. Siempre que me veía se acercaba a saludarme y charlábamos un rato. A veces incluso, si me encontraba a la salida de la escuela, me acompañaba hasta aquí, hasta mi casa. Pero nada más, puedo asegurártelo. Sí, Oscar, te lo aseguro…

Acababa de darse cuenta, o al menos así se lo pareció, que el joven detective por el que se sentía tan sinceramente interesado estaba sospechando de ella en uno u otro sentido.

—Entonces —quiso remachar Oscar Farrell—, en plan amoroso, entre tú y él, nada…

—Nada absolutamente —aseguró la muchacha. Pero seguía viendo una expresión poco convincente en él, así que optó por no esconder la cabeza bajo el ala—. Bueno, yo creo que será mejor que me digas de lo que estás recelando…

—Me gustaría saber quién era esa mujer —observó—. Sólo se trata de eso.

—Pero, ¿por qué ese empeño? ¿Qué puede importarte que sea una u otra? No termino de entenderte.

—Quizá la explicación de todo esté ahí… —hizo constar.

—Te entiendo aún menos. ¿Que en eso esté la explicación de todo? Pero bueno, me estás haciendo un lío… Aquí se trata, a menos de que tú me digas lo contrario, de que un loco se ha escapado de un manicomio y de que, de una forma o de otra, va sembrando muerte…

—Aparentemente, sí —asintió—. Aparentemente se trata sólo de eso.

—Por favor, explícate mejor…

—Pienso que, tal vez, el asunto sea más complicado de lo que parece a primera vista. Y pienso que el verdadero culpable puede ser, en verdad, quien menos nos estemos imaginando.

—Bob Rogers quiso ponerme en la vía del tren, ¿o acaso no me has creído? —La muchacha se había puesto nerviosa—. Luego desistió de su idea, pero mató a aquella otra muchacha, ¡yo lo vi, lo vi con mis propios ojos! En cuanto a lo demás, han muerto víctimas de una serpiente amaestrada… Puestas así las cosas, ¿qué más hace falta para saber quién es el culpable de todo?

—He creído en ti desde el primer momento —aseguró Oscar Farrell —. No debes ponerlo en duda. Sólo que, en mi profesión, uno está acostumbrado a las sorpresas gordas.

—Puesto a suponer una así de gorda —seguía muy nerviosa—, ¿por qué no se te ocurre pensar que yo pude ir a buscar tus servicios de detective precisamente para despistar? Para despistar no se qué, francamente, pero para algo así.

—Con toda sinceridad, Ursula —respondió Oscar Farrell—, lo he pensado ya.

—¿Qué…? —se enfadó la muchacha.

—La verdad es que yo siempre pienso en todo —dijo él.

—¡Qué a gusto te daría una bofetada! —exclamó la muchacha,

alzando la mano y quedándose con las ganas.

—Y yo —repuso Oscar Farrell, en esta ocasión sonriendo un poco —, ¡qué a gusto te daría un beso!

—¡Ni se te ocurra, si me lo das te muerdo! —amenazó ella. ¡Mira que desconfiar de mí! Pero bueno, ¿desconfiar de qué? Sigo sin entenderlo.

Cuando la muchacha se tranquilizó algo, que no fue pronto, Oscar Farrell le dijo que se lo explicaría todo, pero que sólo lo haría a su debido tiempo. No quería anticipar acontecimientos.

—Si tanta importancia tiene para ti saber quién era esa mujer por la que Gerald Panning se sentía tan cegado de pasión, yo creo que lo mejor que podrías hacer es ir a preguntar a Raymond Harwes. Era su mejor amigo, posiblemente él sepa algo. ¡Aunque no sé por qué te ayudo! —y fue como si se enfadara consigo misma por tonta, por rematadamente tonta.

CAPITULO IX

Esperó a que la comitiva hubiera salido del cementerio para acercarse a Raymond Harwes.

—¿Podría hablar con usted?

El interpelado se volvió hacia el detective. Era éste quien le había dirigido la palabra. Amanda también se volvió hacia él.

—Pobre tío Frank —dijo ella—. ¡Qué final más espantoso!

—No pienses más en eso, cariño —su marido le pasó el brazo por los hombros, queriendo confortarla. Y volviendo a mirar al detective —: Sí, podemos hablar.

—Se trata de Gerald Panning. ¿Eran ustedes buenos amigos?

—Excelentes.

—¿Qué puede decirme de él?

—¿En qué sentido?

—¿Había alguna mujer en su vida?

—Muchas.

—Me refiero a alguna en particular.

Mientras hablaban iban dejando atrás el cementerio, con sus tumbas funerarias y la sombra de sus altos cipreses. Un lugar que hacía pensar en esa muerte que nos espera a todos y que, antes o después, inexorablemente, acude a la cita que nuestro destino marca.

—Últimamente estaba muy reservado conmigo —dijo Raymond Harwes.

—Aun así —subrayó Oscar Farrell—, supongo que usted estaba al corriente…

—Lo lamento —esta vez le interrumpió—, no puedo decirle nada, porque nada sé.

—Es una lástima.

—¿De veras?

—En fin, no se preocupe, indagaré por otra parte.

—¿Tanta importancia tiene eso…? —había arqueado las cejas.

—Desde luego.

—De ser así —pareció ocurrírsele de pronto—, yo le sugeriría que preguntara a Lord Matten… o a Leonard Borre… Usted ya les recuerda, ¿verdad?, estaban la otra tarde en nuestro chalet, en la

fiesta. Pues ellos, quizá, sepan más que yo. Sí, seguro que saben más.

—Pero usted era el mejor amigo de Gerald Panning, ¿no?

—No estoy seguro.

—Pues me han asegurado…

—Se lo he dicho ya, últimamente estaba muy reservado conmigo. Pero es todo lo que puedo decirle, pues desconozco por completo los motivos de ese distanciamiento…

—¿Y usted supone que Leonard Borre o lord Matten podrán informarme mejor?

—Sí.

—Pues seguiré sus consejos, me dirigiré a ellos.

—Esta tarde, a eso de las seis, van a venir ambos a tomar el té a nuestro chalet —intercaló Amanda—. Solemos reunir-nos a menudo. ¿Por qué no viene usted también, señor Farrell? —sugirió—. Y así le resultará todo más cómodo y sencillo.

—Me parece una excelente idea —dijo el detective, agradeciendo la invitación—. No faltaré.

Hasta la hora concertada, Oscar Farrell no hizo nada de especial. Sólo, en todo caso, sopesar y calibrar las posibilidades que tenía de averiguar, o de medio averiguar, lo que pretendía.

Pero estas posibilidades eran pocas, no tenía que engañarse. Por mucho que dialogara con lord Matten o con Leonard Borre, no sería fácil que ninguno de los dos se fuera de la lengua. Si es que algo sabían, que quizá en realidad no supieran nada.

Como fuera, lo intentaría. Por eso no había de quedar.

Cuando llegó al chalet, se encontró con que ambos ya estaban allí.

—Buenas tardes, señor Farrell —Amanda fue la primera en saludarlo.

Leonard Borre, ese joven viudo que tenía una cadena de restaurantes en la ciudad y que allí, en las afueras de Mandristton, disponía de una casa de veraneo, frunció el entrecejo al verle aparecer. Fue un gesto instintivo.

En cuanto a lord Matten, ese aristócrata dueño de la magnífica mansión que se encontraba a la entrada de la localidad y dueño asimismo de una incalculable fortuna, hizo también un gesto de desagrado cuando él se presentó allí.

No les había caído bien su presencia. Lo que le hizo deducir, ya sin necesidad de más, que iba a resultar difícil dialogar con ellos de la forma y manera deseadas.

Pero, claro, les haría unas cuantas preguntas y ellos no podrían dejar de responder. Mejor o peor, se verían obligados a hacerlo.

Correspondió a la mano extendida de Raymond Harwes, saludó a

los dos visitantes, aceptó la taza de té que Amanda le ofreció, y quedó a la espera de que llegara el momento oportuno.

Llegó antes de lo esperado, pues el propio Raymond Harwes le facilitó las cosas.

—El señor Farrell desea saber algo… —se había dirigido a lord Matten y a Leonard Borre, a ambos a la vez.

—¿De qué se trata? —preguntó lord Matten.

—De Gerald Panning —hizo saber el detective.

—¡Ah!

—Me han asegurado que amaba a una mujer…

—¿Sólo a una? —el tono de lord Matten fue un tanto irónico, un tanto sarcástico.

—Sí, sólo a una —repuso—. Las demás habían sido simples caprichos, meros pasatiempos.

—Que yo sepa no amaba a nadie en especial —contestó lord Matten—. Pero si así se lo han asegurado, quizá haya algo, o mucho, de verdad en ello.

—Puestos a imaginar una candidata, ¿a quién se imagina usted capaz de trastornarle…?

—Puesto a imaginar —dijo lord Matten—, pensaría en la maestra, se llama Ursula, ¿no? Es una muchacha preciosa.

—No está usted en lo cierto —manifestó Amanda—. De ser así yo lo sabría. Ursula no tiene secretos conmigo.

—En ciertas cuestiones íntimas… —lord Matten había recalcado con cierto retintín la última palabra—, a veces resulta insuficiente la confianza entre dos amigas, de esto que una de ellas pueda omitir…

—Insisto, se equivoca usted —Amanda no aceptaba que pudiera ser de ese modo—, Ursula es sencilla, sincera y honesta, de ella no cabe pensar…

—Respeto su opinión —y dicho esto, lord Matten cerró la boca y guardó silencio.

No así Leonard Borre, quien a continuación se metió en el asunto. Y lo hizo, al parecer, sabiendo de sobra el tema que tocaba.

—El gran amor de Gerald Panning no era Ursula, sino otra mujer… Puedo asegurarlo.

—¿En qué se basa para afirmarlo? —preguntó Oscar Farrell.

—En una circunstancia que viví.

—¿Podría referírnosla…?

—Por descontado —y viendo que todos depositaban en él su atención, lo que evidentemente le congratulaba, prosiguió—: Fui a visitar a Gerald Panning a su apartamento y me recibió amablemente, como siempre, pero con inequívocas muestras de que mi presencia

allí, en aquel momento, le contrariaba. Comprendí que estaba acompañado… Le pregunté, bromeando, por qué no me la presentaba y me respondió que no era un ligue como los otros y que no podía conocerla… Me resigné y seguidamente me despedí, no quería pecar de indiscreto. Cogí el coche y regresé aquí, a mi casa de veraneo. Al llegar me encontré con Ursula que salía de la escuela. De ello que ahora pueda asegurar que nuestra maestra no podía ser la mujer que dejé en el apartamento de Gerald Panning.

—Siendo así —admitió lord Matten, rindiéndose a la evidencia.

—Ya lo decía yo —añadió Amanda.

—Pero, bueno, sospecha de alguien, ¿no es eso? —interrogó Oscar Farrell, a la brecha de algo que para su hipótesis resultaba crucial.

—Le mentiría si le dijera que no —se dio el gusto de responder en estos términos—. Pero sólo se trata de sospecha, así que de momento no me asiste el derecho a pronunciar nombre ninguno. No sería de un caballero el hacerlo.

Ahora bien, señor Farrell, ¿puedo preguntarle el porqué de su interés al respecto? Me tiene usted intrigado.

—Esas muertes, incluida por descontado la del propio Gerald Panning… —empezó a decir el detective.

—Oiga, señor Farrell —intervino lord Matten—, ¿qué tienen que ver tales muertes con esa mujer cuya identidad al parecer todos desconocemos? No le veo conexión alguna. ¿Acaso se la ve usted?

—Yo sí —reconoció Oscar Farrell.

* * *

Alguien de los de allí reunidos pudo pensar que Leonard Borre había hablado sin conocimiento de causa. Era frecuente, cuando estaba en una tertulia más o menos concurrida, que actuara así. Le gustaba enormemente acaparar la atención y ser subestimado en lo que decía.

Pero Oscar Farrell no dudó de sus palabras, de la verdad de sus sospechas. De ello que se convenciera de aquel hombre corría un grave peligro.

En consecuencia, el detective salió del chalet cuando vio que iba a hacerlo él. Ni antes ni después. Exactamente entonces.

—Señor Borre, ¿qué me respondería usted si yo le dijera que está amenazado de muerte?

—¿Eh…? ¿Cómo…? —se había sorprendido tanto al oír aquello, que desde luego puede decirse que casi se quedó con la boca abierta.

—Amenazado de muerte —repitió—. Así, tal como suena.

—Pues le respondería que las bromas de poco gusto nunca me han

gustado.

—Me temo que no se trate de una broma.

—Hable más claro, ¿quiere?

—¿Por qué ha muerto Gerald Panning? Créame, es una pregunta que le interesa hacerse.

—Bob Rogers se ha escapado del manicomio, es un loco peligroso, tenía serpientes amaestradas y…

—…y mientras no sea localizado e internado de nuevo nadie estará tranquilo —concluyó Oscar Farrell—, Es esto lo que iba a decir, ¿verdad?

—Sí, claro.

—Pues le aseguro que la cuestión no es tan sencilla.

—¿No..,?

—No. Así que voy a darle un acertado consejo. Tenga mucho cuidado con todos y cada uno de los pasos que dé…

—¿Se refiere a que he hablado de más? —Hizo alusión, indudablemente, a cuanto había dicho en el chalet mientras tomaban el té—. Mire, señor Farrell, le seré sincero. Al verle llegar a usted me he sentido mal, incómodo, he comprendido que venía a meterse en nuestros asuntos y eso nunca gusta. Pero luego, ya lo ha visto, yo he sido el primero en hablar. Quizá de más, lo admito. Pero, ¿por qué no hacerlo? Me he dado ese gusto. Si alguien se ha inquietado peor para él… Y si alguien me ha creído tonto, que sepa que no lo soy… Ahora bien —puntualizó—, de eso a que yo pueda estar en peligro de muerte… —y se rió.

—Se lo he dicho ya, la cuestión no es tan sencilla. Le aconsejo, por lo tanto, que me preste atención y que vaya con cuidado.

—Le agradezco su buena voluntad, que por descontado no pongo en duda. Pero no, no termino de comprenderle. Adiós, señor Farrell.

Se despidió y se fue hacia su casa. Estaba a menos de un kilómetro de allí. Llegó, pues, en pocos minutos.

Un rato después salió al jardín que rodeaba su finca. El jardín no era excesivamente grande, pero estaba bien cuidado. Bastaba echarle una ojeada para comprender que un buen jardinero debía perder allí unas cuantas horas semanales.

Leonard Borre salió al jardín con un libro. La lectura le encantaba y solía aprovechar sus días de asueto para entregarse a lo que para él constituía un auténtico placer.

Tras acomodarse en un sillón de mimbre, estuvo leyendo hasta que declinó el día. Hasta que empezando a aparecer las sombras de la noche se vio obligado a cerrar el libro.

Pero aún se quedó allí bastante más rato. Placía algo de fresco y no

quería desaprovecharlo. En la casa haría demasiado calor.

Finalmente optó por meterse dentro. Era ya tarde. Cenaría cualquier cosa y se acostaría.

Pero antes se ducharía, como tenía por costumbre hacer. De este modo dormía mejor.

Una mujer de la localidad solía irle a diario, aseándoselo todo. Pero luego se iba. Por las noches siempre estaba solo. Le gustaba así.

Entró en el cuarto de aseo y se desnudó. Al poco metía una mano a través de las cortinas y abría el grifo de la ducha.

Fue instantes después, al entrar en la bañera, cuando se dio cuenta de que no estaba vacía…

Pero ya era tarde para retroceder. Así que metió allí una pierna, ésta se vio envuelta por el cuerpo frío y viscoso de una serpiente.

Una serpiente tan larga, de tan inacabables proporciones, que a él se le antojó un auténtico monstruo.

Fue arrastrado hacia el interior de la bañera y allí, bajo el agua de la ducha que caía más bien fría que caliente, como a él le gustaba, la serpiente se le enrolló al cuerpo. Mientras la cabeza del ofidio se erguía a su propia altura, relucientes sus ojos, inquieta su lengua bífida…

El terror que le invadió fue tan de otro mundo, que le causó la sensación de que ya no estaba en éste. O mejor dicho, le pareció que por una puerta endemoniada había ido a parar a lo más profundo y pavoroso del infierno.

Pero en este infierno no había llamas. Sólo el agua que caía insistente de la ducha y bajo ésta una serpiente que se enroscaba cada vez más alucinantemente a su cuerpo. Y que iba estrechando el cerco de manera inexorable.

Sintió que empezaba a faltarle la respiración ante aquel contacto pavoroso y repelente. Y su ánimo, sobrecogido, inundado de una terrible alarma, sintiendo una impresión verdaderamente horripilante, quiso, empero, reaccionar. Quizá si gritaba pudieran oírle y llegaran aún a tiempo de salvarle.

No, no, imposible. Ya era tarde para esperar eso. No había nadie en la casa.

Le quedaba sólo una esperanza, más bien sólo una posibilidad. Luchar con la serpiente y lograr desasirse de ella. ¡Pero tenía una fuerza tan endemoniada!

Pronto comprendió que todo iba a ser inútil. Estaba a merced de ese cuerpo largo, frío, monstruoso, que le rodeaba de arriba abajo.

Aquello era el final. Sentía un dolor horrendo, insoportable, debía tener varios huesos rotos. Pero moriría de asfixia…

Oyó aún, o le pareció oír, una voz:

—¡Mátale «Zaque»!

Jadeaba… ¡Le faltaba el aire!

La lengua empezó a asomarle. A! principio poco, solo la punta, luego unos centímetros.

Unos quince segundos después era tan larga que le colgaba como una corbata.

Poco más tarde sus rodillas se doblaban y su cuerpo caía desplomado, sin vida.

CAPITULO X

El terror se abatía de tal modo sobre los habitantes de la localidad, que éstos daban la impresión de estar esperando, indefensos y acomplejados, que apareciera una nueva víctima.

Mientras Bob Rogers, el loco evadido del manicomio, no le localizaran y le pusieran de nuevo la camisa de fuerza…

Llegó la noche. Una noche en la que el viento soplaba fuerte, de ello que la fina arena de la playa se levantara a ráfagas. De ello, asimismo, que el mar se hallara tan furiosamente encrespado.

Desde la vía del tren se oía el ruido de las olas, pero ahora no era un mero rumor, se oía como una amenaza su encolerizado bramar.

En el chalet, Raymond Harwes y Amanda estaban cenando.

Ella servía la cena, pues era el día libre de su sirvienta.

—¿No bebes vino…? —preguntó luego de reparar en que el vaso de su marido seguía intacto.

—Le encuentro un sabor raro… —dijo él—. Pruébalo, ya verás… —y le alargó el vaso a través de la mesa.

—No me gusta el vino, ya lo sabes —contestó ella—. Pero no creo que tenga ningún gusto raro… Anda, al menos tómate el que ya tienes servido.

—Bueno —dijo Raymond, pero apenas rozó el vino con sus labios.

Lo volvió a dejar sobre la mesa.

—Estoy cansada —repuso Amanda un par de minutos después—. Me tomaré un somnífero y me acostaré.

—Yo también voy a acostarme —replicó él—. Quiero dejar de pensar en todo lo que sucede.

—¿Te refieres a la muerte de Leonard…?

—Sí, a su muerte en la bañera —asintió—, que reviste las mismas características que las otras… Es para erizar el vello —y agregó—: Voy a cerrar bien la puerta de la casa.

—De acuerdo. Mientras tanto yo recogeré la mesa.

Pero Raymond Harwes no hizo lo que dijo, sino todo lo contrario, abrió la puerta de salida. La dejó apenas ajustada.

Después volvió junto a su esposa.

—¿Ya está bien cerrada la puerta? —preguntó Amanda.

—Sí, cariño.

El dormitorio era una habitación muy amplia situada en el piso, con una ventana que se asomaba a la parte delantera de la casa.

Junto a esa ventana se colocó Amanda y se quedó mirando el exterior.

—¿No te acuestas? —preguntó Raymond Harwes a sus espaldas.

—Sí —respondió.

Pero continuó allí durante varios minutos. Parecía esperar la llegada de alguien.

Hasta que, por lo visto, consideró innecesario seguir tras los cristales y se apartó de la ventana.

Se dirigió hacia fuera.

—¿Te vas?

Miró a su marido, respondiéndole:

—Me he olvidado de una cosa. En seguida vuelvo, acuéstate tú y le esbozó una tenue sonrisa.

Pero cuando volvió, la sonrisa se había helado en sus labios. Más bien se había congelado, petrificado, convirtiéndose en una mueca atroz.

—Acabo de cerrar la puerta… —repuso ella, silbándole las palabras entre los dientes apretados—. La habías dejado abierta, a sabiendas… ¿Qué significa esto, Raymond?

Y Raymond Harwes, que hasta entonces había hecho infrahumanos esfuerzos por disimular todo el miedo que sentía, ya no pudo más y se puso a temblar. De pies a cabeza.

—¿Qué significa esto, Raymond? —inquirió ella de nuevo, y mientras tanto abrió la ventana de par en par.

Hecho lo cual metió en su boca el dedo índice y el medio de su mano derecha y profirió un silbido.

Penetrante, agudo, que se perdió a lo lejos taladrando la oscuridad de la noche, en medio del viento.

—Creía haber cerrado… —se excusó Raymond Harwes.

—¡No mientas! —exclamó ella—. Lo has hecho así sin duda porque alguien te lo ha mandado… Sí, seguro… Tú por ti mismo eres incapaz de tener una iniciativa… Dime, ¿a quién has obedecido?

—A nadie… A nadie… —pero aumentó tanto y de un modo tan lastimero su temblor, que a sí mismo no pudo traicionarse de una forma más radical—. Te aseguro que a nadie…

—Tendría que ser idiota para creerte. Y de idiota nada, soy lista, muy lista, por eso sé muy bien lo que quiero y lo que estoy dispuesta a hacer por conseguirlo. ¡No me agotes la paciencia, pues, y respóndeme la verdad!

—De veras…, Io he hecho sin… —ahora se puso a tartamudear.

A continuación hubo entre ellos un silencio espeluznante, enloquecedor, sencillamente pavoroso.

Por el marco de la ventana surgía la cabeza y parte del cuerpo de una monstruosa serpiente.

Por lo visto, y dado que la fachada del chalet se hallaba recubierta de yedra, había ascendido por allí.

Ante tan escalofriante panorama, Raymond Harwes dejó de súbito de temblar. Pero a cambio se puso a sudar a chorros, a borbotones! De tal forma, que unos segundos la camisa que llevaba le quedó totalmente empapada.

De sacársela y escurrirla entre las manos, en el suelo hubiera surgido un charco.

—¡Dime la verdad o ahora mismo «Zaque» acabará contigo! —le amenazó ella.

—Ha sido el señor Farrell… Oscar Farrell, el detective… —volvía a temblar, aunque ahora no sólo su cuerpo, sino también su voz—. Me ha dicho que la dejara abierta… Así él podría entrar sin hacer ruido y defenderme si el caso lo exigía…

Pero lo cierto es que Oscar Farrell —que en efecto aquella mañana había hablado con él—, no le había dicho ni le había dado otras explicaciones, así que él estaba antes, y seguía estando ahora, sin saber exactamente a qué atenerse.

—Lo que me imaginaba —masculló Amanda—. Está desconfiando de mí… No es tonto, no… Pero yo tampoco lo soy, así que vamos a enfrentarnos… A ver quién demuestra a la postre que vale más…—y para ir directo a lo que a ella le interesaba—: ¡«Zaque», entra, entra…!

La serpiente obedeció y así ella, a continuación, pudo cerrar la ventana. También, acto seguido, bajó herméticamente la persiana.

—De esta forma —dijo a su marido—, el señor Farrell no podrá entrar por aquí… Y como he cerrado la puerta de la casa, tampoco podrá entrar por allí… En conclusión, estás en mis manos…

—¿A qué viene esto? —se atrevió a preguntar Raymond Harwes.

Pero lo preguntó temblorosamente, tan temblorosamente que la voz se le estranguló materialmente en la garganta. De un modo angustioso y ridículo a la vez. Según como se mirara, más ridículo que angustioso.

—Esto viene —repuso Amanda—, como sin duda ahora ya adivinas, pues ves como la serpiente obedece a mis mandatos, a que he trazado un plan, donde inapelablemente va a sucumbir todo aquel que me estorba.

Con expresión despavorida, Raymond Harwes retrocedió unos

pasos. Fue a dar contra el armario. Frente a él, aunque al otro lado de la habitación, el ovalado espejo del tocador reflejaba su rostro denudado por el miedo. También reflejaba la silueta espeluznante y enloquecedora de aquel reptil.

—¿Y yo te estorbo?

—¡Sí! ¡Sí! —exclamó Amanda. Y agregó—: ¿Quieres que te explique los motivos? Así, al menos, no te morirás con la curiosidad de saberlo.

—Yo sólo sé… —tembló la voz de Raymond Harwes—, que desde que el detective, esta mañana, me ha dicho que dejara abierta la puerta, desde que me ha dado a entender que recelaba de ti desde entonces, todo, todo lo veo poco claro… Por ejemplo, el vino tenía un sabor raro… ¿Les has echado algo?

—Sí —dijo Amanda—, te vengo echando algo desde hace días. Por eso…

No hizo falta que concluyera. Resultó totalmente innecesario que lo hiciera.

En aquel preciso instante, Oscar Farrell se presentó de improviso en la habitación. Y quedó plantado ante ellos con una naturalidad impresionante. Concluyó la frase:

—Por eso su marido dormía tan pronto por las noches, ¿no? —Y le hizo saber—: Precisamente este detalle, al preguntarle si habían oído algo la noche en que murió Gerald Panning, fue lo que me hizo empezar a sospechar… Un hombre con el carácter inseguro de su marido, nervioso y preocupado, en modo alguno podía dormirse tan fácilmente. En seguida comprendí que…

—Se la da de suspicaz, ¿eh? —Amanda crispaba las mandíbulas y le miraba con incontenible furor.

—No es que me las dé, lo soy —afirmó.

—Pero no es precavido…

—¿No?

—De serlo —le aclaró ella—, comprendería que ha pecado de temerario al meterse en la boca del lobo.

—Me he limitado a meterme en esta casa a la primera oportunidad, antes, por descontado, de que usted cerrara la puerta. Pero aquí no veo ningún lobo… —puntualizó—, sólo una serpiente. De aspecto muy amenazador… —admitió, pues en realidad no había para menos—, pero contra la que me veo capaz de enfrentarme… —ya dirigía la diestra hacia su automática—. Lo hice en la barraca de su tío Frank, con aquella otra… Cuatro disparos en la cabeza y asunto concluido…

* * *

—Ahora no va a tenerlo tan sencillo —declamó Amanda, y fue ella la que, de la forma más veloz, abrió el cajón de la mesilla de noche y sacó una pistola, apuntándole—. ¡Y saque esa mano de la sobaquera! —exigió—. Y sáquela vacía, o le levanto la tapa de los sesos!

—Tiene un lenguaje muy poco elegante. Bien, de acuerdo… —aceptó Oscar Farrell—. La obedezco.

— Ha complicado innecesariamente el asunto —habló Amanda—. Aunque no se lo reprocho del todo, claro que no. La culpa ha sido de esa estúpida de Ursula, que se le ocurrió ir a contratar sus servicios.

—Ursula no es estúpida —puntualizó Oscar Farrell—, ni yo he complicado innecesariamente el asunto. Todo lo contrario, estoy interviniendo en el momento oportuno… Si no me equivoco, se había propuesto acabar con su marido esta misma noche…

—¿Esta misma noche? —se estremeció Raymond Harwes.

—Exactamente —dijo Amanda—, y sigo proponiéndomelo. Aunque antes quisiera, si no es pedir demasiado, preguntarle a usted, señor Farrell, cómo ha llegado a sospechar de mí…

—No tengo inconveniente en complacerla —contestó él, sin perder los nervios—. Yo siempre complazco en lo posible a las mujeres guapas. Ahora bien, encárguese de que su serpiente esté quietecita, ¿eh?

—Estará en su sitio mientras yo no le ordene lo contrario.

—Algo así me imaginaba. Pues verá, empecé a sospechar de usted, ya se lo he dicho, al enterarme que su marido se dormía siempre en seguida… Pensé que usted que decía que tomaba somníferos, podía muy bien estar dándoselos a él… En tal caso, ya seguro que él no iba a despertarse… Sí, en tal caso le sería fácil actuar a su comodidad…

Se detuvo unos instantes.

—Pero lo que me ha hecho recelar más —prosiguió—, ha sido el hecho de que Bob Rogers, después de lo sucedido en la vía férrea, no haya aparecido por ninguna parte, ni siquiera por su propia casa… Estuve allí, y la verdad es que no encontré más que polvo… No, no había pisadas… Ni una sola… Y esto tampoco encajaba… Un demente hubiera ido allí, aunque sólo fuera de forma instintiva, y habría entrado como fuera… Su antiguo hogar le hubiera atraído, aunque no supiera por qué… Así pues, razoné, si Bob Rogers no había sido encontrado y si tampoco había ido por allí, ¿dónde podía estar? Llegué a la conclusión de que alguien podía haber acabado con él.

—Deduce muy acertadamente —reconoció Amanda, y seguía apuntándole a cierta distancia—. Debo admitirlo, aunque no me complace demasiado el hacerlo.

—¿Continúo…? —preguntó Oscar Farrell, y de vez en cuando

echaba una mirada a la serpiente.

Por muy amaestrada que estuviera, y aunque le constaba que no actuaría mientras no recibiera órdenes, tampoco se fiaba del todo. Era una buena medida, pues, permanecer alerta, a la expectativa.

—Continúe —dije Amanda.

—Para saber mejor a qué atenerme, consideré oportuno informarme de cómo le iban los asuntos económicos a usted, señor Harwes… Y me enteré de que está arruinado, tanto, que incluso no es suyo ya este chalet…

—Pues sí, es cierto —asintió Raymond Harwes—. Los negocios me han ido mal últimamente y no he podido evitar…

—¡Por eso he decidido acabar contigo! —Exclamó Amanda mirando a su marido con infinito menosprecio—. ¡Para mí eres ya sólo un engorro!

—Más aún —intervino Oscar Farrell—, teniendo en cuenta lo poco que le cuesta enamorar a los hombres, ¿verdad? Como a lord Matten, quien, a juzgar por un par de miradas que le he sorprendido puestas en usted, está sin duda dispuesto a todo…

—¡Sí, a todo! —Exclamó Amanda—. ¡Hasta a casarse conmigo! Pero, claro, para llegar a eso me sobraba…

—No sólo el marido —dijo el detective—, sino Gerald Panning, el amante…

—¿Qué…? ¿Qué…? —inquirió Raymond Harwes, parpadeando.

—No voy a negar eso, ni nada de lo que acaba de decir —repuso Amanda—. Le veo demasiado cerca de toda la verdad para tomarme la molestia de desmentir sus palabras.

—Un amante —siguió diciendo Oscar Farrell—, que le pareció bien de momento. Pero no tan bien al comprender que lord Matten la amaba. Entonces sólo pensó en quitárselo de encima y en dedicarse a quién podía llegar a convertirla en una de las mujeres más relevantes de la mejor sociedad y más fabulosamente ricas de Inglaterra. Un buen bocado para una muchacha que había crecido en una barraca. Pero Gerald Panning., de carácter fuerte, violento y agresivo, no se avino a quedar en la estacada, así que le planteó un serio problema Un problema agravado por el hecho de que Leonard Borre, amigo común, sospechaba de sus relaciones. Sospechas que, por cierto, finalmente habían de determinar su muerte. En conclusión, cuando…

—Cuando Bob Rogers —intercaló Amanda—, se escapó del manicomio y acabó con la vida de aquella muchacha en la vía del tren, yo consideré llegada la oportunidad que podía solucionármelo todo.

—Siga, siga —repuso Oscar Farrell.

—Voy a seguir —dijo Amanda—. ¿Por qué no, si le va a faltar vida para repetir esta historia?

Oscar Farrell quedó a la espera de que Amanda siguiera hablando. Otro tanto hizo Raymond Harwes, aunque éste avasallado no sólo por el terror de aquella situación en sí, sino por el hecho de comprender quién y cómo era en realidad la mujer que había amado tanto.

—Cuando me divorcié de Bob y me casé contigo, Raymond —repuso Amanda—, creí haber alcanzado una meta maravillosa. Pero cuando me enteré de que mi nuevo marido estaba arruinado, comprendí que de nuevo me había precipitado intensamente. A partir de entonces, dediqué mi atención y concedí mis favores a Gerald Panning, un hombre que aseguraba sentir una gran pasión por mí. Pensaba, lo confieso, en divorciarme de nuevo… Libre de ti, Raymond, podría casarme con Gerald… Y Gerald era rico, muy rico… Fue por aquel entonces —agregó—, cuando cierta tarde se presentó Leonard Borre en su apartamento… Yo estaba allí haciendo el amor con él y tuve que esconderme… Así lo hice, pero en el salón me dejé olvidado el monedero y Leonard Borre lo vio…

—Lo está explicando muy bien —dijo Oscar Farrell—. Le dejo que siga haciéndolo…

—¿Por qué no? Ya se lo he dicho, le va a faltar vida para repetir la historia. Pues bien —agregó—, estábamos en que la idea de casarme con Gerald Panning dejó de gustarme, en efecto, cuando me di cuenta de que podía aspirar a más, a mucho más. ¿A qué conformarme con el dinero de Gerald Panning, si podía ambicionar la fortuna y la envidiable posición de lord Matten? Pero, lo ha dicho, Gerald Panning se negó a que nuestras relaciones concluyeran… incluso llegó a amenazarme de muerte… Amenaza que me impresionó, pues conocía de sobras su carácter sumamente violento… Además, a mi madre le mató mi padre por tener amores con otro hombre… Temí por un momento que mi destino fuera también morir por causa de los celos…

—Prosiga —Oscar Farrell se estaba dando cuenta de que no se había equivocado en nada.

—Al escaparse Bob del manicomio, creí llegada mi oportunidad, ya se lo he dicho… Me sobraba Gerald Panning, demasiado enamorado de mí… Me sobraba Leonard Borre, que sabía de mis relaciones íntimas con él… Me sobraba también mi tío Frank dado que me conocía demasiado bien… Pero, ¿cómo eliminarles? Y he aquí la oportunidad que mi ex marido me ofrecía… Que me ofreció, mejor dicho, aquella noche… ¿Sabe?, me lo encontré de pronto, cerca del bosque. Estuve a punto de gritar, pero afortunadamente no lo hice… Me di cuenta de que no me había reconocido…

—Estuvo de suerte —repuso Oscar Farrell.

—Se limitó a acercarse a mí y a preguntarme si sabía dónde podía encontrar a su infiel-esposa, y yo, tras tragar saliva, le dije que estaba en el pozo… Me referí a un pozo al que solíamos ir de novios. Está en el bosque, cerca de una vieja casa abandonada. Es un pozo hondo, muy hondo, tanto que si se arroja una piedra se tarda casi medio minuto en oír cómo llega al fondo. Bob me suplicó que le llevara hasta el pozo, me dijo que se había olvidado por dónde se iba. Yo le respondí que sí, que le conduciría hasta allí… Una vez allí —prosiguió Amanda—, le rogué que se sentara en el borde y que esperara. Así lo hizo él confiadamente y yo, de súbito, le empujé… Bob cayó al vacío…

—¿Cuánto hace de eso? —preguntó Oscar Farrell.

—Los suficientes días —dijo Amanda—, para saber de fijo que ya estará muerto.

—Falta por explicar lo de las serpientes. Aunque me lo imagino… Aprendió usted de Bob Rogers el modo de amaestrarlas, de hacerse obedecer por ellas. ¿Verdad?

—Sí —afirmó—. Lo aprendí durante aquellos horribles meses que viví a su lado. Lo malo era que en presencia de Bob las serpientes siempre le obedecían a él, nunca a mí. Pero muerto o ausente Bob, me pregunté: ¿por qué no recurrir a ellas? Pero ya no estaban en la casa, hacía mucho que habían salido de allí y se habían perdido entre la espesura del bosque… Aun así, no me desanimé y fui a buscarlas… Silbé una y otra vez… Como hacía Bob cuando las llamaba… Y sí, me oyeron y acudieron a mí. Bueno, sólo dos de ellas, «Zaque» y «Sammy»… Esta que ahora está aquí, es «Zaque»…

La señaló con gesto de orgullo, mientras la serpiente, como sabiéndose aludida, erguía la cabeza y la ensanchaba, queriendo indudablemente demostrarle que estaba dispuesta al ataque. Un ataque rápido, violento, que acabara con la víctima, o las víctimas, en pocos instantes.

—Todo lo demás es ya sencillo de explicar, ¿no? —Amanda seguía apuntando con su pistola al detective—. Se la cargó aquella mujer joven y guapa, creo que se llamaba Janet Woodmon, pero de su muerte yo no tuve la culpa… La culpa fue suya por inmiscuirse…

—Todo explicado —repuso Oscar Farrell—. Menos una cosa…

—¿Cuál? —preguntó Amanda.

—¿Cómo va a arreglárselas ahora para salir airosa de esto? ¿Disparando la pistola y eliminándome a mí y luego ordenando a «Zaque» que acabe con su actual marido? ¡Oh, no se lo recomiendo! —-ironizó—. Un cadáver con balas en el cuerpo le echaría por tierra,

no lo ponga en duda, todo el trabajo desempeñado hasta ahora.

—Tiene razón —admitió Amanda—, me interesa que los dos… —miró también a Raymond Harwes—, los mate «Zaque». Pero, claro —observó—, si le dejo la pistola, señor Farrell, le facilito el encuentro… Así que entréguemela… ¡Ahora mismo!

Oscar Farrell dirigió la mano hacia la funda de la sobaquera.

—Cuidado cómo la coge, amigo, a la menor duda le mato… Mal por mal no voy a vacilar… —y le refulgían los ojos verdes de un modo inquietante.

—No hace falta que me lo aclare —dijo Oscar Farrell—, Lo doy por hecho.

—Pues a ver qué tal se porta. Sáquela y arrójela al suelo.

La mirada de Amanda era cruel, asesina. Desobedecerla hubiera sido harto peligroso. Hubiera sido suicida.

Sacó la pistola, pues, y la tiró al suelo. Tal y como ella le había dicho que hiciera.

Amanda se agachó y la recogió.

Luego, poco a poco, fue retrocediendo hasta la puerta.

Y allí, sacó la llave que estaba puesta y la metió en la cerradura, por el otro lado.

De pronto gritó.

—¡Ataca, «Zaque»!

Y así, antes de cerrar la puerta y de dar vuelta a la llave, pudo ver cómo la serpiente se lanzaba furiosamente hacia adelante.

¿Sobre Raymond Harwes o sobre Oscar Farrell?

Eso no llegó a tiempo de verlo.

Pero como fuera, los dos morirían allí. Para eso les había dejado sin posible escapatoria.

CAPITULO XI

Amanda quedó en el pasillo, a la espera de que «Zaque» acabara con la vida de aquellos dos hombres.

Cuando tal cosa hubiera ya sucedido, ella abriría la puerta y lo dejaría todo en disposición de que el inspector de policía no pudiera recelar nada.

Pero de súbito se estremeció. Acababan de sonar unos disparos.

En seguida comprendió que había pecado de ilusa. Oscar Farrell debía llevar una segunda arma. De eso, sin duda, que se hubiera resignado tan fácilmente a entregarle la que tenía en la sobaquera.

En efecto, Oscar Farrell llevaba otra pistola, ésta en la pantorrilla, bajo el pantalón. Como es lógico, se había apresurado a empuñarla.

La serpiente se había lanzado hacia adelante, pero a él no le cazó, supo esquivarla. Fue Raymond Harwes la presa que cayó entre sus diabólicos cercos.

Pero por suerte para la nueva víctima, Oscar Farrell tenía una serenidad pasmosa y una puntería infalible.

Así que, en medio del grito que profirió Raymond Harwes, se oyeron las detonaciones. Y al acto la cabeza de la serpiente, hecha cisco, voló por los aíres.

El cuerpo se fue aflojando y terminó sin movimiento sobre el suelo de la habitación.

—¡Oh, gracias! —Raymond Harwes se había quedado sin aliento.

—No se moleste en agradecerme nada y ayúdeme a derribar esta puerta.

Empezó a darle golpes de hombro.

No, no hizo falta que Raymond Harwes colaborara. Antes de que se decidiera a hacerlo, la puerta ya había cedido.

Pero para entonces, Amanda ya no estaba allí. Había huido de la casa al darse cuenta de que quedarse allí equivalía a afrontar un riesgo excesivo. Sabía que Oscar Farrell saldría ,de la habitación dispuesto a detenerla.

Corrió hacia el bosque. Pensó que esa dirección era la idónea. Ella conocía aquel terreno palmo a palmo. \

Miró hacia atrás y vio que Oscar Farrell, saliendo ya de la casa, se

disponía a perseguirla.

Corrió más, hacia el centro del bosque. Donde la vegetación era más espesa, más compacta. Donde le resultaría más fácil esconderse.

Casi sin darse cuenta llegó junto a esa casa vieja y abandonada, donde, a no muchos metros, se hallaba un pozo hondo, muy hondo, tanto que si se arrojaba una piedra se tardaba casi medio minuto en oír cómo llegaba al fondo.

El mismo pozo donde días atrás Bob Rogers se encaramó, sentándose en el borde. Fue estando allí cuando Amanda le empujó, haciéndole caer inexorablemente por el vacío.

Ahora, Amanda se acercó al pozo, recordando lo sucedido, por descontado, aunque convencida de que todo aquello era ya un episodio concluido que no podía reportarle mal ninguno.

Se equivocaba.

Pero de eso se daría cuenta más tarde.

De momento se acercó allí, al pozo, y metiéndose en la boca el dedo índice y anular de la mano derecha, se puso a silbar. Había pensado que, si silbaba, sin duda sería oída por alguna que otra serpiente…

Por alguna de aquellas que estuvieron en la casa cuando Bob Rogers era su marido. ¡A la que podría dar órdenes…! Necesitaba ayuda para vencer a Oscar Farrell.

Sí, sus silbidos fueron escuchados…

Pero no por una, sino por varias serpientes. Por lo menos por un mínimo de diez.

Surgieron poco a poco del pozo.

—Esconderos… Esconderos… —les dijo ella, tras haberlas reconocido a todas ellas—. Ya os daré la orden de atacar… Esconderos…

Las serpientes retrocedieron, volvieron a desaparecer en el interior del pozo, por sus paredes. Pero se quedaron muy cerca, allí mismo, prestas a atacar.

Al poco, entre los árboles, se dejó ver Oscar Farrell. Quien fue acercándose despacio, cada vez más despacio, pues Amanda se había olvidado de su pistola, dejándola en el bolsillo de la falda que llevaba, y por lo demás daba la sensación de ser totalmente inofensiva y no, no terminaba de gustarle aquella aparente mansedumbre.

Llegó, empero, hasta allí. El sí llevaba la pistola en la mano.

—¿Qué hace aquí, esperarme…? —preguntó, receloso.

—¡Matadle! —exclamó Amanda de pronto.

Y surgieron de súbito, alzando sus cabezas de relucientes ojos, cimbreando sus cuerpos fríos y viscosos, de aspecto repelente.

Surgieron dispuestas a obedecer.

Pero fue precisamente en aquel momento cuando se oyó una voz de hombre. Amanda hubiera jurado que era la voz de Bob Rogers.

—¡Matadla a ella! ¡A ella!

La voz había salido del fondo del pozo. Amanda lo hubiera jurado.

Y las serpientes no necesitaron más para volver sus ojos vidriosos hacia Amanda. Y para volver hacia ella, asimismo, su ataque.

Amanda gritó despavorida. Nunca nadie pudo gritar de un modo más enloquecido.

Instantes después, las serpientes se le habían lanzando encima.

El cuerpo de la joven desapareció entre ellas…

Cuando la dejaron, sobre la tierra sólo quedaba una masa carente de forma y de líneas definidas.

Se habían ensañado tanto con ella, que su obra más parecía cosa del diablo que de otra circunstancia.

Oscar Farrell había disparado la pistola. Todo el cargador. Mató a tres serpientes. Las restantes terminaron huyendo.

Pero faltaba por suceder algo a la vez incomprensible y escalofriante.

—En el pozo hay un hombre con vida —dijo Oscar Farrell al inspector cuando éste se personó en el lugar de los hechos—. He oído su voz…

Pero cuando sacaron a aquel hombre vieron que estaba muerto. Y no sólo eso, se percataron claramente de que hacía ya varios días que había dejado de existir. Se hallaba en avanzado estado de descomposición.

—Es Bob Rogers. Pero este hombre no ha podido decir nada —bufó el inspector.

—Hubiera asegurado… —empezó a decir Oscar Farrell.

—¿No lo ve? Está descomponiéndose por momentos, echa un olor nauseabundo… ¡Si hay que taparse las narices!

CAPITULO XII

—Todo ha acabado de un modo desconcertante —dijo Ursula—. ¿No eres de mi mismo parecer?

—Sí, es cierto —convino Oscar Farrell—. Pero todo ha acabado bien y esto es lo que cuenta.

—Tienes razón. Aunque yo… —Ursula le miró con los ojos humedecidos—, me siento triste… —y le explicó el motivo—. Creo que llegaste a sospechar de mí, ¿verdad?

—Ni hablar de eso —aseguró el detective—. Y la prueba la tienes en que hace ya días que he decidido casarme —y aclaró—: Contigo, claro.

FIN